

LOS PRIMEROS POBLADORES

DE EUROPA

B.P. de Soria



61120950
D-1 2325

1
25

9

2674

LOS PRIMEROS
POBLADORES DE EUROPA

ESTUDIO ESCRITO EN FRANCÉS

B^o 1027

POR EL SEÑOR

MARQUÉS DE NADAILLAC

Y TRADUGIDO AL ESPAÑOL

POR EL P. FR. TOMÁS RODRÍGUEZ

AGUSTINIANO

Profesor en el Real Colegio del Escorial



MADRID—1890

IMPRENTA DE DON LUIS AGUADO

8, *Pontejos*, 8



950

D.1
2325



AL QUE LEYERE

AL ofrecer al público la traducción del estudio del ilustre antropólogo Sr. Marqués de Nadaillac, sobre LOS PRIMEROS POBLADORES DE EUROPA, creo oportuno manifestar las razones que me han determinado á hacer esta traducción. Aparte de mis aficiones por esa clase de estudios, que hechos con sano criterio y amor á la verdad pueden contribuir mucho á confirmar los dogmas católicos y desvanecer aparatosas objeciones, fundadas en hechos mal comprobados y peor interpretados, hánme movido tanto el mérito intrínseco del trabajo como la cordura y sensatez de su sabio autor.

En pocas, pero bien escritas páginas, encontrará el lector condensadas cuantas investigaciones y descubrimientos han hecho hasta hoy los sabios más eminentes del mundo que consagran sus talentos á ese género de estudios. Saber reducir voluminosos libros, extensas memorias y detalladas monografías á un pequeño folleto, sin que falte en él cosa alguna esencial que pueda contribuir



al esclarecimiento de los intrincados problemas antropológicos, es, á mi juicio, mérito no despreciable, máxime si se tienen en cuenta las obscurísimas nieblas que envuelven aún tan serios y trascendentales problemas. El acierto con que el insigne y reputado Sr. Nadaillac ha dado cima á tan ímprobo y laborioso estudio, no se ocultará á cuantos iniciados en las dificultades que presenta la genuína interpretación de restos fósiles, rudas é informes construcciones, pedazos de arcilla recocida, hachas y puntas de sílex, cobre, bronce ó hierro y otros objetos semejantes, únicos monumentos en que dejaron escrita su historia las primeras generaciones humanas, se tomen la molestia de hojear este reducido pero sustancioso trabajo.

Al desenvolver el autor el asunto propio de su estudio, érale forzoso tocar algunas cuestiones de capital interés religioso, moral y social; y ahí es donde da inequívocas pruebas de su sensatez y cordura, rebatiendo los errores y falsas apreciaciones de las escuelas transformista y positivista con argumentos científicos que no tienen réplica, deducidos de los mismos hechos en que esas escuelas pretenden fundar sus arbitrarias doctrinas. Sin exageraciones ni arrebatos, impropios de toda discusión seria, examina los gratuitos asertos é infundadas hipótesis de esos extraviados sabios; confiesa con ingenuidad lo que en ellas encuentra de verdadero ó probable, y sin asustarse por las atrevidas conclusiones que, apoyados sobre movediza arena, deducen de sus estudios, háceles ver la falta de lógica en que incurren y la precipitación y ligereza con que se lanzan á hacer afirmaciones destituidas por completo de pruebas científicas irrecusables.

Además de los motivos apuntados, ha habido otro que más poderosa y eficazmente influyó en mi ánimo para de-

terminarme á hacer esta traducción, á saber: el criterio eminentemente cristiano que se descubre en todo el trabajo, y el nobilísimo fin que se propuso el autor al escribirle. "He emprendido, me dice en carta familiar, este trabajo con la idea de defender contra los sectarios, tan numerosos por desgracia hoy día, las bases de nuestras creencias, y me consideraría dichoso con la difusión de mis investigaciones y trabajos por la generosa España,.. Como desgraciadamente son muy pocas las obras de este género, inspiradas en tan sano criterio y elevado fin, he creído muy útil dar á conocer en nuestra patria tan interesante estudio, ya para que puedan los aficionados sin riesgo alguno ni grandes gastos ponerse al corriente de las últimas investigaciones, ya también para ver de despertar entre nosotros el gusto por esa clase de trabajos.

Por lo que toca á la traducción, he de confesar que á pesar de haberme esmerado en hacerla con toda fidelidad y la corrección posible, no la conceptúo exenta de defectos, que sabrán dispensarme los benévolo lectores.

EL TRADUCTOR.





LOS PRIMEROS POBLADORES DE EUROPA (1)

NARRÉ el año pasado (2) el origen de la vida en el globo, la sucesión de seres que han poblado tierras y mares, y después, en el momento prescripto por la voluntad divina, la aparición del hombre, á quien todo debía obedecer. Preciso es hoy dar un paso más, y presentar á nuestros antepasados multiplicándose rápidamente, á pesar de las dificultades de su vida inculta; extendiéndose por diferentes países, for-

(1) H. d'Arbois de Jubainville: *Los primeros habitantes de Europa, según los escritores de la antigüedad y los trabajos lingüísticos*: 2.^a edic., t. I, París 1889.—A. Bertrand: *La Galia antes de los Galos, según los monumentos y textos*. 1.^a edic., París, 1884.—F. Lenormant: *Los orígenes de la historia antigua del Oriente*.—El P. Van den Gheyn: *Opúsculos diversos*.

(2) *Origen y desarrollo de la vida en el globo*, traducción de D. Rafael Alvarez Sereix. Madrid, 1888.

mando razas y pueblos distintos; adelantando, en fin, con paso desigual, por la senda del progreso.

Todos los modernos descubrimientos demuestran que el globo se ha ido poblando poco á poco por el avance de tribus, ya obligadas á abandonar su territorio por el frío ó el hambre, ya arrojadas de él por invasores á quienes no podían resistir. Por una de esas leyes que la historia confirma en cada página, la victoria y la derrota ayudan igualmente al progreso de la civilización, si podemos darle este nombre; por emigraciones incesantes, se comunica á razas separadas del tronco común después de más ó menos tiempo, y merced á una progresión lenta, pero que no cesa jamás, llega por fin el hombre á los siglos de que ya la historia conserva recuerdos.

Esos tiempos tan lejanos, esas emigraciones é invasiones son las que vamos á referir, no sin confesar antes las muchas dificultades de la empresa. "Puede haber en geología, dice con razón A. Bertrand (1), una ley inmutable para la sucesión de terrenos de la corteza del globo: no existe ley semejante aplicable á las aglomeraciones humanas, á la sucesión de capas de la civilización. Afirmar que todas las razas han pasado necesariamente por las mismas fases de desenvolvimiento,

(1) *Relación á la Comisión de las misiones*, 1873.

y recorrido todos los estados sociales que la teoría quiera imponerlas, sería un grave error.,,

En lugar de hechos concretos y ciertos que nos suministra la geología y paleontología, debemos discutir testimonios muy poco autorizados, fábulas ó leyendas con que los pueblos han rodeado su cuna; pedir á las recientes investigaciones de antropología, etnografía y lingüística nuevas pruebas; formar hipótesis más ó menos dignas de atención, y, sobre todo, ser muy sobrios en afirmaciones. *Facta, non verba*: tal ha sido siempre mi divisa en las investigaciones científicas, y me esforzaré por permanecer fiel á ella en el presente trabajo.

Por ahora sólo trataremos de Europa, y únicamente desde este punto de vista investigaremos la filiación de las razas que han vivido en otros continentes y que se han desbordado sucesivamente en el nuestro. Los problemas que de aquí se originan están relacionados con las más altas cuestiones de la filosofía y de la ciencia, y aún no están resueltos: si no podemos resolverlos, será cuando menos posible poner algunos jalones que ayuden á su resolución.

I

Cuando comienza la historia, tal como la conocemos, estaban ya constituidos los principales grupos técnicos, y ocupaban desde tiempos muy remotos las mismas regiones en que aún los vemos. Los anales más antiguos de los pueblos de Europa apenas cuentan dos mil años, ó á lo sumo dos mil quinientos. La historia, fundada en datos precisos y serios, comienza para Grecia en el quinto siglo antes de nuestra era, para Italia en el siglo tercero y para la Galia en el primero (1). Los monumentos nos autorizan para remontarnos á tiempos más remotos, pues mucho antes de los tiempos históricos habían levantado los Pelasgos sus construcciones, que desaffan á los siglos, y bajo las ruinas del palacio de Tirinto reconoció Schliemann otras ruinas más antiguas. Los Etruscos, cuya historia y origen son igualmente desconocidos, habían alcanzado una verdadera superioridad en cerámica y matalurgia (2), y el Sr. de

(1) Poseemos hechos aislados muy anteriores á esta fecha: así, la fundación de Marsella por los fenicios, en el país ocupado entonces por los ligures, se la coloca el año 120 antes de la batalla de Salamina, ó sea 600 años antes de nuestra era.

(2) El Sr. d'Arbois de Jubainville (*Bol. de inscripc.* 1888, p. 345) fija aproximadamente la fundación del Estado

Hochstetter coloca la aurora del hermoso período hallstadtiano (1) hacia el año 2000 antes de Jesucristo, y su completo desenvolvimiento diez siglos más tarde.

El Oriente presenta mayor antigüedad; pues para Egipto llegamos al año 6000 antes de la Era cristiana y las tablas de Abidos, de Saqqarah y de Tebas, recientemente descifradas, vienen á confirmar la larga lista de las dinastías reales dadas por Manetón, dinastías que hasta ahora se habían creído fabulosas. Los antiguos reyes de Ur en Caldea, pueden rivalizar con los reyes del antiguo imperio de Egipto: reinaban mucho antes de fundarse Nínive ó Babilonia (2), y su reino reemplazaba probablemente al vasto imperio mencionado en los ladrillos asiro-caldáicos conserva-

Etrusco entre 972 y 949 antes de J. C. Los escritores alemanes, extraviados por ilusiones patrióticas, quieren hacer de los Etruscos una colonia de Germanos. Bueno es consultar sobre este punto el nuevo volumen del Sr. d'Arbois de Jubainville, *Los primeros habitantes de Europa*, lleno de prodigiosa erudición.

(1) De la célebre necrópolis de Hallstadt, cerca de Salzburgo.

(2) Un cilindro de Nabónidas, rey de Babilonia, que pertenece al Museo Británico, cita la fecha de 3750 años antes de nuestra Era. (Rawlinson, *Athenæum*, 9 Diciembre 1882.) Una figurita de cobre, encontrada en Tello por Sarzec, representa un personaje divino arrodillado, y teniendo en sus manos una punta. Oppert la da una antigüedad de cerca de 4000 años antes de Jesucristo.

dos en el Museo Británico. Confúndese tal imperio con el de los Kuschitas, atrevidos navegantes que llevaban á cabo arriesgadas expediciones en el Océano índico y en el Mediterráneo.

La primera mención histórica de los antiguos Indos que ha llegado hasta nosotros, es la inscripción trilingüe de Persépolis, en la que Darío, hijo de Histaspis, cuenta la tierra de Hindusch entre los países sometidos á su dominación (1). Por documentos literarios nos remontamos más aún, pues para algunos sabios las partes más antiguas de los Vedas datan del siglo catorce antes de nuestra era (2). La ciencia aduce datos aún más explícitos: si aceptamos la opinión de Quatrefoiges (3), la India fué en un principio poblada por una raza negra, y antes por los negritos, hombres de pequeña talla que se extendieron por Melanesia y Africa, y á quienes Schweinfurth y Junker

(1) Duncker, *Geschichte des Altherthums*, t. III, p. 403. Añadamos que en la India misma no se encuentra monumento alguno histórico anterior al siglo tercero antes de nuestra Era.

(2) Max Müller distingue cuatro épocas diferentes en la composición de los Vedas, y coloca la más antigua entre el duodécimo y décimo siglo. (*A History of Ancient Sanskrit Literature*. London, 1859, página 301.) Ninguna cronología sería se ha establecido aún, y los indianistas difieren muchos siglos al determinar la fecha de estos famosos poemas.

(3) *Los Pigmeos*. París, 1887.

han encontrado en las fuentes del Nilo. A estos negros habían sucedido en apretadas hordas moradores de la raza amarilla, los cuales á su vez debían sucumbir ante nuevos vencedores, los Arios, de raza blanca.

Los anales de China son muy anteriores á la vocación de Abraham (1), y trabajos de mérito dan á la raza amarilla del Asia central 3225 años de antigüedad antes de Jesucristo. Por entonces estaba ya el país poblado por una raza completamente desconocida, tal vez nómada, porque antiguos historiadores designan á esos hombres con la palabra *Miaotze*, hijos de campos incultos (2). Estos pueblos, egipcios ó caldeos, chinos ó indios, cuando llegamos á descubrir sus primeros hechos,

(1) Los monumentos escritos de la literatura china son dos mil años más antiguos que los poemas de Homero. Treinta siglos antes de nuestra Era, inventó el emperador Tchang-ki las letras llamadas *tsiang*, que formó según las constelaciones. (Coronel Tcheng-ki-Tong: *La China y los chinos*). Añadamos que la primera enciclopedia china data del emperador Chen-Nung, que reinó veintiocho siglos antes de Jesucristo. Nada se pierde en este país, por excelencia conservador; las enciclopedias modernas contienen fragmentos sacados de esta enciclopedia legendaria.

(2) Antes de Fo-hi, dicen los anales de China, los hombres eran salvajes; se nutrían de carne cruda y bebían sangre; vivían en grutas y no usaban otras armas que los utensilios de piedra. Este emperador fué quien les enseñó á edificar cabañas y utilizar los metales.

poseían ya una civilización adelantada; tenían gobierno, leyes, culto, no eran ajenos á las artes (1); Babilonia, Menfis, Tebas, las ciudades más antiguas que conocemos, reemplazaban á otras aún más antiguas, de las cuales sólo ha conservado la tradición un débil recuerdo. Es evidente que tales resultados sólo eran debidos á sucesivos esfuerzos de muchas generaciones. ¿Quiénes fueron los antepasados de estos pueblos esparcidos por el antiguo continente? ¿De dónde vinieron? ¿De qué raza descendían? La humanidad es anterior á la historia, y las leyendas no tienen cronología, dice muy acertadamente Salomón Reinach: sólo podemos afirmar que antes de los tiempos históricos transcurrió un período seguramente muy largo, el período de la prehistoria, y éste es precisamente el que debemos estudiar.

Por muy lejos que lleguemos en ese pasado, merced á los descubrimientos que constituyen una de las glorias de nuestra época, encontramos á Europa habitada por una población harto numerosa, aunque relativamente bárbara. “Jamás olvidaré, dice Darwin (2), la impresión que me causó

(1) Antes de Menés, existía en el valle del Nilo una organización egipcia, una civilización especial. Había á las orillas del río vastas ciudades, construcciones muy importantes. (Mario Fontaine, *Historia universal: los egipcios*, cap. V, p. 75.)

(2) *The descent of Man and selection in relation to sex.*

el ver por primera vez en una costa abrupta y salvaje un grupo de naturales de la Tierra de Fuego: lo primero que al verlos se me ocurrió, fué decir: He ahí á nuestros antepasados. Estaban en completa desnudez y horriblemente pintarrejeados; sus largos cabellos flotaban en desorden; sus fisonomías eran feroces, ariscas y desconfiadas, y de sus bocas salía asquerosa espuma; vivían sin régimen alguno, y eran implacables para todo el que no perteneciese á su tribu., Abundando en las mismas ideas, compara Lubbock (1) á los primeros habitantes de nuestras regiones con los salvajes feroces é indomables que viven en lo interior de la isla de Borneo: no conocen, dice, cultivo ni sementera alguna; jamás se unen unos con otros; andan errantes por los bosques, como fieras; el hombre roba á la hembra que quiere por mujer y la lleva con él al bosque; cuando los hijos llegan á no necesitar de sus padres, se separan el hombre y la mujer, como lo hacen los animales. Creemos que hay exageración en esas pinturas de nuestros antepasados, pues no hay pruebas de que en ninguna época hayan caído en semejante barbarie: antes al contrario, lo que los distingue de las razas degradadas que vegetan hoy, extrañas y rebeldes á la civilización que por todas partes las rodea, es

(1) *Los orígenes de la civilización.*

su aptitud para el progreso, aptitud que se descubre desde los tiempos más remotos, y de la cual da indudables pruebas la sucesión de los siglos que nos consiente estudiar la historia.

Ignoraban los hombres en los primitivos tiempos todo linaje de construcción; disputaban á los oso y fieras las cavernas abiertas en los flancos de las colinas por las disgregaciones geológicas ó por la violencia de las aguas, y apenas sabían agrandarlas cuando la familia no cabía en ellas; otras veces abrían pozos en la tierra y se sepultaban con los suyos en tan triste guarida. "Pene-trando en la tierra cual pequeñas hormigas, se ocultaban los hombres en antros sin luz", dijo Esquilo (1). Las primeras habitaciones humanas, añade un antiguo arqueólogo inglés, fueron agujeros hechos en la tierra, recubiertos de hojas y ramaje, y tales eran aún, al decir de Tácito, las moradas de los germanos de su tiempo. Existen cerca de Joigny excavaciones circulares de cerca de quince metros de diámetro, por tres á seis de profundidad; el tronco de un árbol estaba dispuesto de tal modo, que sus ramas, cubiertas de arcilla, pudieran servir de techo. En las excavaciones hechas en el fondo de esos pozos (*buvards* se los llama en el país), se ha encontrado una tierra

(1) *Prometeo encadenado.*

negra y grasienta, mezclada con huesos, cenizas, carbones y sílex tallados, que manifiestan el largo tiempo que el hombre vivió en ellos.

Se han hecho descubrimientos semejantes en otros muchos puntos: en Cher completaban la morada un orificio para la salida del humo y una rampa que conducía á ella: la *sauna* finlandesa consistía en un agujero hecho en la tierra y recubierto con un techo. Lo mismo refiere de la América del Sur el Sr. Ameghino: en medio de los Pampas, inmensas llanuras sin repliegue alguno del terreno, sin un árbol ni una roca que pueda servir de abrigo, lo encontró la inteligencia del hombre: como el europeo, abrió la tierra, y el caparazón de un armadillo gigantesco, el *glyptodon*, servía de cubierta á esa singular morada, en la que encontraba algunos momentos de seguridad (1).

Con el tiempo progresan los hombres y apren-

(1) Estaba ya imprimiéndose este trabajo, cuando el abate Wosinski me ha hecho saber el descubrimiento de cerca de doscientas habitaciones excavadas en una arcilla margosa en Lengyel (Hungría). Su profundidad varía entre tres y cuatro metros y su diámetro entre dos y tres: se entraba en ellas por una abertura hecha en el techo. Otros subterráneos más pequeños, cuyas paredes estaban sostenidas por cañas entrelazadas recubiertas de arcilla, servían de almacenes, y se encontraron en ellos muchos grandes vasos llenos de granos carbonizados. Los descubrimientos hechos en estas moradas hacen creer que pertenecieron á la época neolítica.

den á construir cabañas con troncos, cañas entre lazadas y barro arcilloso desecado al sol; consiguen derribar, labrar y pulir con sus miserables herramientas los árboles de los bosques, y más tarde aprenden á aislar sus moradas, colocándolas sobre pilotes enclavados en el fondo de las aguas, consiguiendo de este modo defenderse de los animales y de sus semejantes, mucho más temibles. Verdaderos pueblos formados por cierto número de cabañas construídas del modo indicado, se han descubierto hace algunos años en el fondo de los lagos de Suiza, Italia, de la Marca, Pomerania y Austria: hay también indicios de ellas en el Sur de Escocia (1), en el Jura y en los valles pirenaicos. En medio del tiempo y del espacio se muestra siempre el mismo el genio del hombre: en todas partes las mismas causas dan origen á los mismos inventos.

Es el hombre, ante todo, un sér eminentemente sociable, la necesidad de defenderse constituye para él una ley que le obliga á vivir con sus semejantes (2): la familia, la tribu, que no es más

(1) Los *crannoges* de Irlanda, en donde la habitación construída con vigas sin labrar se levanta sobre un islote artificial formado de gruesas piedras ó canteros de rocas, son de época más reciente.

(2) La sociabilidad y mutua defensa no son caracteres exclusivos de la raza humana: los encontramos también

que una familia numerosa, debieron existir desde los tiempos más remotos. En toda Europa, cerca de las estaciones ó moradas humanas, se encuentran verdaderos talleres (1), en los que el trabajo

en los animales. Cuando los cercopitecos, dice Brehm, han atravesado una cambrona, cada individuo se extiende sobre una rama y es revisado por uno de sus camaradas, quien le quita las espinas introducidas en su piel. Cuenta también Brehm haber visto en Abisinia un grupo de babuinos que se defendían enérgicamente de los perros, el cual, después de haberlos hecho retroceder, estableció su morada en las rocas. Uno de los babuinos, de seis meses de edad, quedó cercado por los perros: al oír sus espantosos ahullidos, vino en su ayuda uno de los más fuertes del grupo, conduciéndole en sus brazos á donde estaban los demás, sin que los perros se atreviesen á impedirlo. Un cercopiteco joven fué cogido por un águila; se agarra á un árbol y comienza á dar ahullidos demandando socorro; acude inmediatamente la bandada y hace huir al águila. Stansbury ha encontrado en Utah, cerca del lago Salado, un pelícano viejo, completamente ciego, el cual, no obstante, estaba muy gordo, indicio de que era alimentado por sus compañeros. Blyth ha visto en la India cuervos que alimentaban á dos ó tres de sus camaradas, que estaban ciegos, y Darwin cita el mismo hecho de un gallo. El estudio de los insectos y de sus maravillosos instintos presenta muchos casos semejantes. Latreille nos dice que cuando las hormigas guerreras ven á una de las suyas herida, se apresuran á curarla, y añade que habiendo arrancado las antenas á una hormiga, vió que sus compañeras acudieron presurosas para bañar la parte herida con un líquido segregado por su boca. El estudio de las sociedades formadas por ciertos insectos es uno de los más curiosos que pueden hacerse.

(1) Sería largo enumerar los talleres descubiertos en estos últimos años: baste decir que se han encontrado en

estaba organizado y labraban nuestros antepasados los sílex, que fueron sus primeras armas. Los numerosos núcleos de donde se habían sacado las láminas, las distintas piezas en estado de diferente adelanto y los restos de la fabricación no permiten dudarlos: cuando el sílex faltaba y no se le podía extraer por excavaciones hechas al aire libre, penetraban en las entrañas de la tierra, abriendo pozos verticales (1) ó galerías subterráneas para llegar á los bancos de sílex que se encuentran entre las capas calcáreas. Con algunos instrumentos de piedra y picos de asta de ciervo ejecutaban obras que no admiten explicación, si suponemos á los trogloditas sumidos en la barbarie en que se tiene empeño en presentárnoslos.

Hay otras pruebas de estas primitivas asociaciones: en las memorables excavaciones de Lozera

todos los departamentos de Francia, en todas las regiones de Europa y hasta en los desiertos helados de Siberia y del Norte de Rusia. (Véase *Costumbres y monumentos de los pueblos prehistóricos*, pág. 190 y siguientes.)

(1) Citaremos los pozos de sílex de Spiennes, en Bélgica; de Cissbury y de Brandon, en Inglaterra; de Mur de Barrez, en Francia. En la Exposición ha podido verse una reproducción de este último pozo, ejecutada por el Sr. Boule, con tanto talento como fidelidad. Es curioso encontrar picos de asta de ciervo en antiguos pozos de petróleo, explotados en la América del Norte mucho antes de la llegada de los Pielos rojas. Se han encontrado principalmente á 38 metros de profundidad en un pozo abierto en Enniskillen (Canadá). (*Am. Antiquarian*, Mayo 1889).

se han encontrado muchas osamentas humanas: “en diversas piezas, dice el doctor Prunieres, se observan fracturas consolidadas con tal regularidad, que hacen formar idea muy alta de la habilidad de los curanderos de los tiempos neolíticos (1): la consolidación de una fractura en la extremidad inferior de la tibia y otra del cuello del fémur no ceden en mérito á las de nuestros más hábiles cirujanos,». Estos curanderos, como les llama Prunieres, no temían lanzarse á operaciones más arriesgadas, si hemos de juzgar por el número de cráneos en que se ven señales del trépano, recogidos en distintas regiones de Europa desde que llamaron la atención (2). Practicaban la trepanación ya por una enfermedad, ya por una causa traumática. La consolidación de los bordes de la herida, las señales evidentes de reparación que se ven en los cráneos, demuestran que el hombre sobrevivió á las heridas, lo que hubiera sido imposible si no hubiera hallado entre los suyos ó entre los miembros de su familia ó tribu

(1) Para mayor claridad de los hechos, se dividen los tiempos prehistóricos en *paleolíticos*, en los cuales sólo conocía el hombre la piedra saltada ó tallada á golpes, y *neolíticos* en los que, ya sabía pulimentarla con gran cuidado. Una visita á los museos basta para poder apreciar las diferencias características de estos dos períodos.

(2) *Asociación Francesa*. Lyon, 1873.—Lilla, 1874.—Clermont, 1876.—Broca, *Congreso de Budapest* (*Rev. de Antropología*, 1877.)

quien le cuidara y alimentara, pues por sí mismo estaba incapacitado para hacerlo.

Desde los primeros tiempos era muy crecido el número de animales: en las riberas del Sena, río mucho más ancho que el miserable arroyuelo que hoy vemos correr (1), en los mismos lugares en que se levanta nuestra orgullosa capital, zambullíanse los hipopótamos en las aguas y acechaban su presa los cocodrilos. Los mammouts de espesa cabellera y los rinocerontes cubiertos de rico vellón recorrían las llanuras en numerosas bandadas; los renos, ciervos, uros ó toros montaraces y los caballos, poblaban los bosques; los rorcales ó ballenas groenlandesas y otros balénidos se encontraban en los mares que bañaban nuestras costas. Las costumbres de los animales apenas cambian, y los viajeros que con indomable valor recorren el centro de Africa, han encontrado, como en los tiempos que acabamos de describir, centenares de elefantes ó rinocerontes reunidos en un corto espacio; rebaños numerososísimos de girafas, zebras y gacelas que pacían tranquilamente aun en presencia del hombre, cuyo genio destructor no conocían. Livingstone refiere que con fre-

(1) Tenía el Sena en París una anchura de muchos kilómetros, y según cálculos autorizados, el gasto de sus aguas era veinticuatro veces mayor que el actual. (Belgrand: *La Cuenca parisiense en las edades antehistóricas*, págs. 68, 220 y en otros lugares.)

cuencia vió pasar bandadas de más de cuarenta mil gacelas, y mostraban la confianza más completa. El capitán Gordon-Cumming, recorriendo el país del norte del Cabo, vió rebaños de antilopes y gacelas obligados á emigrar por falta de agua, que tan necesaria les es para vivir. Describe hasta con entusiasmo una de estas emigraciones: “la llanura, dice, estaba literalmente cubierta de animales: durante dos horas desfilaron ante mí en apretadas hileras, como un río sin fin: por la tarde del mismo día grupos aún mayores seguían la misma dirección; su número era incalculable y debía pasar de muchos centenares de miles de cabezas.”

Tal era la vida en nuestros climas durante los tiempos prehistóricos: para completar el cuadro, los carniceros y fieras de toda especie encontraban en los cérvidos y bóvidos presa abundante y fácil; los osos de las cavernas, de cabeza muy redondeada, tigres mucho mayores que los más grandes de hoy, hienas que sólo viven actualmente en el extremo Sur de Africa; terribles machairodos con sus largos caninos, más cortantes que los filos de un puñal, habitaban nuestro país: sus osamentas y montones de sus coprolitos dan testimonio de su multitud (1).

(1) Al parecer, la fauna de entonces no se distinguía de la actual tanto como pudiera creerse: figuraban en ella

El hombre vivía en medio de estos animales y les disputaba ventajosamente sus alimentos. El Sr. Cartailhac ha recogido más de cuatro mil mandíbulas de reno en una sola estación pirenaica; Piette evalúa en más de tres mil las osamentas recogidas en la gruta de Gourdan, y el número de cérvidos encontrados en Hohlefels es mucho mayor. Marcelo de Serres mencionaba en 1826 los numerosos restos de équidos provenientes de Lunel-Viel; en Solutré los restos de caballo cubren una gran parte de la pendiente que hay entre el flanco de la colina y el fondo del valle; allí se encuentran esos inmensos montones, denominados con toda propiedad *murallas de caballos*. Se cree que, sin exageración alguna, el número de caballos que esos restos suponen, se eleva á cuarenta mil, por ser sin duda su carne el alimento favorito de los habitantes de Solutré.

Luchando, y con más frecuencia valiéndose de ardides, llegaban nuestros antepasados á apode-

el lobo, el oso ordinario, el tejón, el buey, el rebezo, el ciervo, el gamo, el corzo, y á su lado el herizo, el topo, la garduña, la rata, la ardilla, la liebre, el lirón, y también los lagartos, culebras y ranas, semejantes en todo á las que hoy viven. Puede sentarse como regla general, que desaparecieron las grandes especies y sobrevivieron las más pequeñas. En el reino vegetal la mayor parte de las plantas resistieron igualmente á su destrucción. (Gervais: *Investigaciones sobre la antigüedad del hombre.*)

rarse de los animales que servían para su alimentación: ignoraban aún la manera de domarlos y convertirlos en sus servidores; ni el reno, ni el caballo estaban domesticados; rara vez se encuentra en las cavernas ó diversos yacimientos que se han examinado, un esqueleto completo: lo que se ha encontrado casi siempre, y esto significa mucho, son los huesos más recubiertos de carne: la ausencia del perro, indispensable para la guarda del rebaño, sería, si fuera necesario, una prueba más.

Interesa sobremanera al estudio de los primeros habitantes de nuestras regiones, conocer su género de vida y las luchas constantes que se veían precisados á tener con los animales, que por todas partes los cercaban. Son más débiles y menos ágiles que éstos; ni sus dientes, ni sus uñas sirven para atacar ó defenderse; su desnuda piel no tiene cosa alguna que los proteja contra la intemperie de las estaciones: *nudus in nuda humo*, dice Plinio con enérgica concisión. En lucha tan desigual debiera sucumbir el hombre necesariamente; pero no, que Dios le ha enriquecido con dos maravillosos instrumentos, más perfectos en él que en cualquiera otra criatura: el cerebro, que manda, y la mano que ejecuta. A la fuerza brutal opone la inteligencia, y según expresión del poeta, ésta ha destruído á aquélla (*ceci a tué cela*); el

animal, soberbio, ha sido vencido; y el hombre, débil y desnudo, ha proseguido sus gloriosos destinos.

Verdad es que ha necesitado el hombre tanta inteligencia para fabricar armas, instrumentos de piedra ó hueso, flechas apropiadas á distintos usos, chuzos con un silex cortante en uno de sus extremos, como la empleada en los más grandes descubrimientos modernos, que estaban como en germen en esos utensilios, al parecer tan despreciables. Con tales hachas, chuzos y flechas cazaban los trogloditas no sólo los animales que les hacían frente, sino también á los que huían de su presencia: hay en los museos osamentas de ciervos, uros y tejones atravesadas por una punta de silex; un gran oso tiene en la frente una herida causada por instrumento contundente; en el cráneo de un ciervo de colosales cuernos está empotrado un martillo de piedra, y en una vértebra de caballo, encontrada en Solutré, hay una flecha. El hombre tenía enemigo más cruel en sus semejantes: en los esqueletos de mujeres encontrados en Cro-Magnon ó Sordes se ven en la frente huellas de grandes aberturas, á las cuales, sin embargo, sobrevivieron; en las cavernas de Baumes-Chaudes y del *Hombre muerto* se han hallado osamentas humanas, en las que se descubren señales inequívocas de heridas causadas por armas de

piedra; en Nogent-les-Vierges, en Gourdan, en Challes de Saboya y en otras muchas excavaciones se han recogido cráneos y huesos hechos pedazos; y por último, el Sr. de Baye ha sacado de las grutas de Petit-Morin, y el doctor Prunières de las de Tarn, vértebras y largos huesos perforados por puntas de sílex. La guerra y la lucha por la vida son leyes implacables: comenzaron con el hombre y durarán mientras él viva.

La pesca era otro de los medios de subsistencia de los primeros habitantes de Europa: los lagos y ríos de entonces abundaban en peces, y pudiéramos compararlos con los ríos de Escocia á fines del siglo pasado; á lo que eran, há poco, los lagos de Escandinavia, y á lo que son hoy los ríos de Alaska (1), en los que nuestros contemporáneos no han podido manifestar aún su instinto destructor. En las numerosas grutas de Perigord y de los Pirineos, se han encontrado vértebras y espinas de peces: predomina el salmón y luego el sollo, la carpa, el sargo ó brema, ciprino, la trucha, la tenca, y todos los demás pescados de agua dulce que hoy viven; en Gardeola se han hallado, mezclados con osamentas de mamíferos, conchas y

(1) Á causa de una fuerte crecida, estaban los salmones amontonados en las márgenes de uno de los ríos de Alaska, según cuenta un moderno viajero.

cascos de vasijas de barro, los restos de tortuga y del dorado. Los *Kjökkenmöddings* de Escandinavia, montones extraños de conchas de ostras y almejas, cuyas excavaciones han sido tan productivas (1), contienen numerosas vértebras de peces, entre los cuales son los más comunes el turel ó sarda, la latija y el arenque. Encuéntrase también el abadejo ó bacalao, que jamás se acerca á nuestras costas, de donde se infiere que el pescador escandinavo debía salir á alta mar á pescarle.

Los primeros utensilios de pesca fueron, como todo, muy rudimentarios: un hueso, una espina, un pedazo de madera afilado por los dos extremos, con un agujero en el centro y con el cebo necesario, era todo el ajuar de pesca. Crecido número de tales objetos figuraba en la Exposición celebrada en Berlín hace pocos años, y se han recogido también en Madaleine, una de las grutas más interesantes de la Vezere, y en las estaciones más antiguas de los Proto-Helvecios, trayéndonos á la memoria los usados en nuestros días por los Esquimales. Con el tiempo fueron reemplazados por otros de forma encorvada, muy semejantes á los

(1) La Exposición tan notable de Dinamarca, en el Campo de Marte, demuestra cuál era la civilización escandinava en esos remotos tiempos: las armas de piedra son verdaderamente maravillosas, tanto por su forma como por su trabajo.

que nosotros usamos. Son muchos los anzuelos de esta especie que se encuentran en las habitaciones lacustres de Suiza y han sido fabricados unos de asta de buey ó ciervo, y otros de colmillos de jabalíes. Utensilios semejantes á estos se han encontrado también en las excavaciones practicadas en América, ya en las costas del Pacífico, ya en las del Atlántico. El arpón, destinado á herir la pesca en el momento que sube á flor de agua, es invención más complicada que el anzuelo, y no obstante, se encuentran muchos arpones de asta de ciervo ó de reno entre los trogloditas del mediodía de Francia, entre los habitantes de las cavernas de Inglaterra, en las poblaciones lacustres de Suiza é Italia, en los pueblos del Norte como en los del Mediodía, entre los americanos como entre los europeos (1). Todos estos arpones tienen flecos ó barbillas, ya á un solo lado, ya á los dos, y si se comparan los de regiones tan distintas de continentes separados por la inmensidad del Océano, es difícil, aun á los más expertos, señalar el verdadero origen de cada uno. Tales coincidencias, que jamás dejaremos de indicar, se explican por la conformidad del espíritu del hombre, por su constante semejanza en medio de las numerosas variedades que constituyen al género humano,

(1) Ch. Rau. *Prehistoric Fishing in Europa and in America.*



atestiguando así de modo muy terminante la unidad de nuestra raza.

Los habitantes de las estaciones lacustres no podían comunicarse con tierra más que valiéndose de barcos; los escandinavos salían á pescar mar adentro; por tanto, forzoso es admitir que la navegación fué conocida desde las primeras edades de la humanidad. Hay otra prueba aún más decisiva: se han recogido en las islas de Grecia, Córcega, Cerdeña, Elba y Sicilia, muchos instrumentos de piedra, cuya forma era de las más primitivas, fabricados con rocas distintas de las de la localidad: por consiguiente, ó todas estas islas se han ido separando del continente por oscilaciones sucesivas, ó los hombres, desde los tiempos más remotos, arribaron á ellas atravesando el mar: no cabe otra alternativa, y en verdad que la segunda hipótesis es la más plausible. El árbol arrancado por la violencia de las aguas sobre las cuales flotaba, debió llamar la atención del hombre, quien en vista de esto hizo su más glorioso descubrimiento, destinado á afianzar más y más su poder. Troncos de árboles groseramente labrados y ahuecados después por la acción del fuego, fueron los primeros buques (1); pronto se les dió una forma más alar-

(1) El nombre de *dug-outs*, usado aún en Inglaterra y América, recuerda este origen.

gada y se les hizo una especie de proa, para cortar más fácilmente las olas; ramas y estacas fueron los primeros motores, sustituidos luego por remos aplanados, más á propósito para encontrar punto de apoyo en el agua. Se sospecha que más tarde usaron las velas, por haberse encontrado indicios de una arboladura; pero no el timón, cuya invención es relativamente mucho más moderna, pues se cree probable que los grandes navegantes de la antigüedad, griegos y fenicios, no le conocieron (1). Del Sena y del Loira se han sacado barcos muy toscamente trabajados, y en muchos museos se conservan los que provienen de Alemania, Inglaterra y Escocia, los cuales en su mayor parte no tienen ni clavos ni placas metálicas, á pesar de lo cual no nos atrevemos á afirmar que tales barcos pertenezcan á la edad de piedra.

La afición á ornatos y aderezos es uno de los instintos más acentuados en nuestra raza: se la descubre en todas las épocas y en todas las latitudes, tanto en el hombre como en la mujer. Los progresos de la civilización han acrecentado sin

(1) Desde tiempo inmemorial conocían los chinos el timón; y se dice que de ellos lo tomaron los árabes y de éstos los europeos. Otra opinión menos fundada atribuye el invento del timón á las poblaciones del Oeste de Europa. (Letourneau: *Boletín de la sociedad antropológica*. 1887, pág. 518.—O. Beauregard, *id.* 1888, pág. 19.)

duda esta pasión; pero existió desde los albores de la humanidad, pues el contemporáneo del mam-mout y del gran oso, el pobre troglodita sepultado en el fondo de su topera, se esmeraban ya en adornar su persona. Todo era bueno para ellos: los pequeños políperos fósiles, perlas de arcilla endurecida, arracadas de hueso, marfil, esteatita, betún fósil, cristal, los dientes de oso, lobo, zorro, tigre, los colmillos de jabalí, las zarpas de las fieras, las quijadas de pequeños rumiantes, y rodajas hechas de cráneos humanos. El hombre de Sordes poseía un collar formado de cuarenta caninos de oso y tres de león, y ni la muerte misma le había separado de su preciosa alhaja: otro esqueleto tenía á su cuello un collar de dientes humanos, trofeo sin duda de sus pasadas victorias; y la mujer de Laugerie-Basse llevaba un collar de gruesas bolas. Pero lo que particularmente llamaba la atención de los primeros europeos, eran las conchas. De las grutas de Roquemaure se han extraído más de mil discos ó perlas de conchas de cardium. Maret ha descubierto en Placard numerosas conchas, pertenecientes unas á las actuales especies del Océano y otras á especies fósiles. Muchas de ellas no eran propias del país, y á juzgar por los descubrimientos hechos en las grutas de esa región, se deduciría que los habitantes de Charente pescaban en el golfo de Gascuña, recorrían la Aquitania,

visitaban las capas de conchas fósiles de Anjou y Turena y subían hasta la cuenca de París; y hasta una concha de la isla de Wight hace sospechar si arribarían á Inglaterra.

Estos aderezos, por numerosos que fuesen, no satisfacían la vanidad humana, y todo prueba que nuestros antepasados pintaban sus cuerpos y usaban el *tatuaje*, como lo hacen hoy mismo los polinesios. “Ponedle también en las manos estos colores para pintar los cuerpos á fin de que despida un hermoso color rojo en el país de las almas”, dice Schiller en el canto fúnebre de Nadœsis. Sólo así se explica la presencia de materias colorantes, como el ocre ó manganeso, sanguinaria (piedra) ó plombagina en las cavernas principalmente habitadas. Reducíanlas á polvo, moliéndolas en cantos cóncavos por medio de otros que hacían las veces de pilones (1): un descubrimiento muy reciente confirma la hipótesis de que tales colores estaban destinados á servir de objetos de tocador. Un curioso grabado en hueso representa la mano y el brazo de un hombre; en la parte inferior del brazo es fácil distinguir un diseño cuadriculado,

(1) En la gruta de Spy se ha encontrado un largo hueso cuidadosamente cerrado y lleno de un polvo rojo. Un polvo semejante se encontró en otra gruta conservado en una concha.

verdadero *tatuaje*, copiado sin duda alguna del natural.

Aun cuando parezca que en la edad de piedra estaban al mismo nivel todos los pueblos de Europa, es, no obstante, muy fácil descubrir entre ellos diferencias harto notables: así, en las excavaciones hechas en Bélgica se han encontrado numerosos objetos de alfarería: más ricas aún, bajo este concepto, son las grutas de Meuse y Lesse, y en el Real Museo de Bruselas puede verse un vaso de forma ovoidal, que atestigua en el alfarero cierta habilidad. En la misma época desconocían los trogloditas del mediodía de Francia esta industria: por lo menos, son muy raros los fragmentos que entre ellos se encuentran; pero en cambio su gusto artístico estaba más desarrollado. Los bastones de mando (1), los huesos largos y los omóplatos de animales, están recargados de dibujos que representan, ya escenas de caza, ya figuras de hombres ó animales. Mencionaremos el de una mujer muy velluda, muy adelantada en su embarazo, acostada entre las patas de un ciervo, y el de un joven cazando un toro montaraz. El toro tenía la cabeza baja, herizado el pelo, las astas

(1) Es el nombre dado á largos huesos de ciervo ó reno cubiertos de distintas figuras y con cierto número de agujeros. Es difícil señalar su verdadero destino. S. Reinach los conceptúa, quizá con razón, trofeos de caza.

amenazadoras, abiertas las narices y la cola levantada y arqueada; el joven está desnudo, la forma de su cabeza es redondeada, los cabellos atados sobre el vértice del cráneo, la barba adornada con perilla, y toda la fisonomía manifiesta la alegría y excitación de la caza. Mencionemos también, entre otras muchas, las tres cabezas de caballo que M. Piette (1) ha encontrado en la gruta de Mas d'Azil, y el bastón de mando de Montgaudier, que tiene á un lado dos focas y al otro anguillas: las focas, sobre todo, están muy bien ejecutadas, particularmente si tenemos en cuenta los miserables instrumentos de que disponía el troglodita.

Los grabados ó esculturas en bajo relieve que han llegado hasta nosotros, sólo se han en contrario en una zona muy limitada, comprendida entre Charente y los Pirineos. En cualquier otro punto no se ven más que ensayos informes, con una sola excepción, la de la gruta de Thayugen, situada en los límites de Suiza y del gran ducado de Baden, en la cual se han encontrado una veintena de huesos con figuras de animales, ejecutadas con incontestable talento. El reno pastando es quizá

(1) Se han podido ver en la Exposición, entre las hermosas colecciones de Piette y Massenat, los productos artísticos de los trogloditas del mediodía de Francia.

el espécimen más interesante del arte de los trogloditas, arte que apareció de repente y desapareció al poco tiempo, razón por la cual no podemos señalar á esos artistas, (no les rehusamos tal nombre) ni ascendientes ni descendientes.

Hemos hablado hasta aquí de los objetos debidos á la industria del hombre, objetos que son el testimonio más indubitable de su existencia; pero hay otras pruebas que quitarán toda duda, si es que alguna puede quedar después de lo dicho. En muchos puntos se han descubierto osamentas humanas, y hasta es ya posible distinguir diferentes tipos entre los trogloditas, que desde los tiempos más remotos han vivido sucesiva ó simultáneamente en Europa. La raza de Canstadt (1), á juzgar por la fauna cuyos restos están mezclados con los suyos, es probablemente la más antigua de todas; sus representantes eran de mediana talla, muy robustos y de cráneo dolicocefalo (2). La fren-

(1) Conservamos los nombres y clasificaciones dadas por dos sabios eminentes, Quatrefages y Hamy, en las cuales quizá introduzca el tiempo algunas modificaciones: así, la antigüedad del cráneo de Canstadt es hoy muy dudosa, aunque sin razón á nuestro juicio. Se encontró dicho cráneo al principio del siglo pasado, y desde entonces acá se conocen otros ocho, que se suponen de la misma raza.

(2) Llámense cráneos *dolicocefalos*, aquellos cuyo diámetro antero-posterior es más largo que el transversal; cráneos *braquicefalos* aquellos cuyos diámetros son pró-

te era estrecha, inclinada hacia atrás, la mandíbula prognata, las cejas muy salientes y los huesos del cráneo muy gruesos, lo cual reducía la capacidad craniana (1). Si tales hombres apenas podían luchar contra las dificultades de la vida, no por eso dejaron de esparcirse ampliamente, pues los encontramos desde el Danubio hasta el Sena, y desde Italia á la Escandinavia. Desaparecen luego poco á poco, fundiéndose, sin duda, con las razas nuevas que invandían á Europa, y sus representantes actuales, ó por mejor decir, las razas que más se acercan á ellos por sus caracteres físicos, son los Esquimales, los Boschismanos y algunas tri-

ximamente iguales, como los de los chinos y tártaros. El índice cefálico es la relación entre la longitud y la anchura de la cabeza, relación que se obtiene multiplicando por 100 el segundo diámetro, y dividiendo luego esta cantidad por la del primero, lo cual da 75 como índice cefálico máximo de los cráneos dollicocéfalos, y 83 como índice mínimo de los cráneos braquicéfalos. Entre los dos hay numerosas divisiones, de las cuales sólo citaremos los *mesaticéfalos*, cuyo índice varía entre 77 y 80.

(1) Para cierta escuela, la capacidad craniana, el peso del cerebro y la riqueza de circunvoluciones, son las únicas causas de la superioridad intelectual. No nos es posible examinar aquí esta cuestión con la amplitud debida; contentémonos con hacer notar que la capacidad craniana de los trogloditas de Cro-Magnon era de 1.590 centímetros cúbicos, y que la de los modernos parisienses, tan orgullosos por su pretensa superioridad, sólo es, según las tablas de Broca, de 1.558 centímetros cúbicos. En cuanto á su peso, baste decir que el peso medio del cerebro de un blanco es de 1.410 gramos, que el de Gam-

bus australianas, particularmente aquellas que viven en las cercanías de Puerto Adelaida.

La raza de Cro-Magnon era dolicocefala como la de Canstadt, pero de talla más elevada, pues el viejo que le ha dado su nombre medía 1^m,80, y el hombre de Menton era aún mayor. Todo indica fuerza y agilidad en los trogloditas de Cro-Magnon; la capacidad craneana era considerable, y si en tal carácter nos hubiéramos de fiar, diríamos que su inteligencia era de las más superiores. Los indicios más antiguos de esta raza los encontramos al Sudeste de Francia, desde donde se extendieron á Italia y Africa; los encontramos también en las márgenes del Saona y del Sena, en Engis y en Engihoul, en Bélgica; y los Bascos, los Guanches de Canarias, y quizá también las Kábilas de Djurdjura, por lo menos aquellos que no se han

beta sólo pesaba 1.160 gramos (*Boletín de la Sociedad Antropológica*, 3 de Junio de 1886), y el de Pranzini 1.280, siendo en ambos muy reducidas las circunvoluciones. Ahora bien: ¿quién puede negar que Gambetta fué, por lo menos desde ciertos puntos de vista, un hombre superior, y que el miserable Pranzini estaba dotado de facultades muy notables? Tampoco nos atreveríamos á afirmar que los otros caracteres de la raza de Canstadt correspondiesen necesariamente á una raza inferior. Goethe, Locke, Shakespeare, el Cardenal Richelieu, Weber, y la Emperatriz Catalina II, tenían la frente estrecha y tirada hacia atrás; Kant era plagiocefalo; Beethoven prognato, y Darwin tenía las cejas muy prominentes. Sería muy fácil multiplicar ejemplos que justificasen nuestra reserva.

cruzado con los negros, árabes ó turcos, conservan hasta hoy sus principales caracteres.

Al norte de Europa vivía la raza de Furfooz, contemporánea de la de Cro-Magnon, quizá menos antigua que ésta, pero de la cual seguramente se diferencia mucho. Fué descubierta por primera vez en las márgenes del Lesse, en Bélgica, por Dupont, en 1866. Los hombres de Furfooz son más pequeños que los de Cro-Magnon y aún que los de Canstadt, aproximándose su talla á la de los actuales Lapones; pero tan reducida estatura no excluía ni el vigor ni la agilidad, tan necesarias á las poblaciones salvajes. Los huesos de los miembros y del tronco son robustos, y las salientes y depresiones de la superficie indican un desarrollo muscular muy pronunciado (1). El cráneo, caracterizado por el débil volumen de los huesos, es redondeado, pequeño, sobre todo en las partes anteriores; la frente es baja, la bóveda poco elevada y la cara estrecha (2). Aparecen por primera vez los hombres de Furfooz hacia el fin de los

(1) De Quatrefages: *La Especie humana*, pág. 251.

(2) Una particularidad notable de la raza de Furfooz es la frecuencia de la perforación oleocraniana. En los cementerios actuales de París apenas si llegan á 4 por 100 los esqueletos que la presentan; en las sepulturas neolíticas varían entre 15 y 25, y en los hombres de Furfooz pasaba de 30 por 100. (Broca: *Asociación francesa para el adelanto de las ciencias*. Le Havre, 1877.)

tiempos neolíticos, época en que habían ya desaparecido de Bélgica los grandes paquidermos y los grandes carnívoros. Por fin, durante los períodos que acabamos de resumir, se presenta en Europa una cuarta raza braquicéfala pura, la cual vivió en las márgenes del Sena y del Marne, habiéndose encontrado también sus restos en los légameos del Danubio y en las margas irisadas del Saona, en donde la presencia del mammut atestigüa su mucha antigüedad.

Tales son las conclusiones que consienten establecer las investigaciones hechas en nuestros días con tanto entusiasmo como ciencia. ¿Tienen, desde el punto de vista del origen del hombre, el carácter que ciertos antropólogos les quieren dar? No lo creemos, ni podemos conceder á la diferencia de tipos la importancia que nuestros sabios colegas. Rara vez se encuentran tipos puros: tipos muy diferentes (y es el punto flaco de su argumento), se encuentran en hombres sepultados en la misma gruta, en un mismo túmulo, confundidos en la muerte, como lo habían estado mientras vivieron. Este es un hecho constante en Europa; le vemos en épocas históricas, le comprobamos desde tiempos muy remotos, y es imposible explicarlo únicamente por inmigraciones ó repetidos cruzamientos. ¿No es más racional admitir que el tipo de una raza padeció alteraciones parciales más ó

menos pronunciadas, á causa de la acción prolongada del clima, de los alimentos, del género de vida y de la selección natural (1)? El tipo primitivo reaparece de cuando en cuando, por vía de atavismo ó de herencia; pero la permanencia sólo se mantiene cuando las poblaciones continúan viviendo en condiciones invariables, lo que es poco menos que imposible en una larga serie de generaciones. Añadamos que las alteraciones quedan siempre contenidas en límites infranqueables: nada, por tanto, nos autoriza para ver en ellas modificaciones de la especie ó de la raza, y la conclusión de Quatrefages en su hermoso libro *La Especie humana* (2), será eternamente verdadera: "Dolicocéfalo ó Braquicéfalo, dice, grande ó pequeño, ortognato ó prognato, el hombre cuaternario es siempre hombre en la rigurosa acepción de la palabra. Siempre que sus restos han podido examinarse, se han encontrado en él el pie y la mano que caracterizan á nuestra especie; en la columna vertebral se ha observado la doble curvatura, á la que Lawrence daba tanta importancia, y de la cual hacía Serrez un distintivo del reino humano; tal cual él le entendía. Cuanto más

(1) Virchow: *Beitrage zur Phissisch-Anthropologie der Deutschen*. Berlín, 1876.—Véase también *Archiv. Für Anthropol.*, tomo V.

(2) Segunda edición, París, Germer-Bailliere, 1877.

se estudia, más se confirma uno en que cada hueso del esqueleto, desde el más voluminoso hasta el más pequeño, lleva consigo un sello de origen, que es imposible desconocer.,,

Sin embargo, en manera alguna pretendemos negar que el cruzamiento de razas inmigrantes haya sido también uno de los factores de la modificación del tipo primitivo. Desgraciadamente la ciencia no puede hoy decirnos cuáles fueron esas razas inmigrantes, como tampoco quiénes fueron los primeros hombres que poblaron á Europa. Volveremos á tratar este punto al hablar de las primeras inmigraciones que hemos llegado á conocer.

Los tiempos que acabamos de resumir están caracterizados por un hecho muy notable: el de que los hombres desconocían por completo el uso de los metales. Ningún vestigio encontramos de su empleo, ni en las cavernas, ni en las estaciones primeramente habitadas; las armas, instrumentos y aderezos, formados siempre de piedra, nos dan de esto una prueba irrecusable, y con justo motivo se designan estos tiempos con el nombre de *edad de piedra*. Nada consiente, ni aun de un modo aproximado, determinar su duración; pero todo hace creer que sobrepaja mucho al tiempo que comúnmente se le señala. Fácil nos sería aducir multitud de hechos en apoyo de esta nueva

teoría, pero nos contentaremos con uno sólo, que nos parece concluyente.

Según Lyell, en los períodos geológicos más antiguos estaba Inglaterra unida al continente (1); no existían; por tanto, ni la Mancha ni el canal de Bristol, y la superficie del mar del Norte era muy diferente de la actual. En el bosque de Cromer, en Norfolk, recubierto hoy por el Océano, se desarrollaba una lozana vegetación, y le recorrían libremente elefantes y rinocerontes, tigres y leones. A este período de emersión sucedió otro de inmersión, que coincidió con una gran extensión de los glaciares: todo el país del Norte del Támesis (2), Bélgica, Holanda, y una gran parte de Suecia, estaban sumergidas en las aguas, y testigos irrecusables de tales cambios (3) son las conchas marinas recogidas en las montañas, á una altura

(1) El carácter análogo de los depósitos de las dos costas del estrecho, las concordancias de las capas de creta y de las de cantos rodados que los recubren, la identidad de la composición mineralógica y la de la Fauna mamológica, no lo permiten dudar.

(2) Un geólogo eminente, H. de la Bèche, asegura que Escocia estaba en esta época á más de 600 metros sobre el nivel actual. (*Theoretical Researches*. London, 1834, página 190.) Cálculos semejantes dan para el país de Gales un descenso de más de 1.200 piés en esta misma época.

(3) Ya Herodoto hacía notar la presencia de conchas en las más altas montañas de Egipto; conchas que atestiguan la presencia del mar en tiempos desconocidos.

harto considerable. Desapareció la vida en las regiones del Norte, quedó la Naturaleza sombría y desierta, y sólo algunas islas salen á flor de agua, formando un archipiélago furiosamente azotado por las olas del Océano, en el punto mismo en que hoy se asientan las populosas ciudades de la gran Bretaña. Sobrevienen nuevas oscilaciones; la emersión de tierras iguala, si no sobrepuja, á la del primer período continental. Se han recogido á 15 millas de Chichester bloques erráticos de sienita, granito y serpentina, arrancados de los flancos de Normandía ó Bretaña, y probablemente el Támesis era un afluente del Rhin. En esta época colocan Lyell y otros geólogos la aparición del hombre en Inglaterra; sus emigraciones le condujeron á tierras desconocidas; las cavernas, como Kent'sHole, Victoria Cave, la gruta de Treimerchion en el país de Gales y otras varias fueron su mansión. Tuvo que sufrir las mismas vicisitudes y sostener las mismas luchas que sus contemporáneos del Sur; como éstos, vivió en medio de las grandes fieras y de los paquidermos enormes; ha dejado los mismos vestigios de su industria y de su vida ordinaria, y todo demuestra que había alcanzado una civilización semejante á la de ellos. Entre las distintas hipótesis forjadas para explicar la población de la Gran Bretaña, es seguramente ésta la más plausible, la cual, una vez ad-

mitida, nos obliga á admitir que un sér humano, semejante á nosotros, vió al país en que había establecido su morada separarse lentamente del continente, y tomar poco á poco la configuración que hoy tiene.

Estas oscilaciones de la corteza terrestre no deben sorprendernos (1): se han verificado durante los tiempos históricos, pues tierras sumergidas en las aguas en pasados tiempos están hoy muy por encima del nivel de los mares (2). Hay en el Africa un conjunto de playas elevadas que forman un cordón continuo en las riberas del Mar Rojo, del Mediterráneo y del Océano Atlántico hasta el golfo de Guinea (3). Darwin ha recogido espigas de maíz sepultadas en una playa del Perú á 85 piés sobre el nivel del mar, y en Europa se comprueban los mismos fenómenos. El suelo se levanta en Suecia desde Fredericia hasta Abo, en Finlandia, y se ha reconocido que el fondo del golfo de Botnia, unido en otro tiempo con el Mar-

(1) Lapparent ha tratado esta cuestión con su acostumbrada superioridad. (*V. el Nivel de los mares y sus variaciones. Correspondant*, 10 de Julio de 1886, y *Boletín de la sociedad geológica de Francia*, 1886, p. 368 á 383).

(2) Daubrée: *Revista de ambos mundos*, 1.º de Abril de 1885.

(3) Pomel: *Asociación francesa para el adelanto de las ciencias*. Montpellier, 1879.

Blanco, se ha ido levantando gradualmente (1). En Rusia sería aún más rápida esta elevación, si admitiésemos las conclusiones de Keyserling y de Rodrick Murchison, los cuales han recogido en las riberas del Dwina y del Vaga, á 25 metros al Sur del Mar Blanco, montones de conchas marinas que conservaban aún sus brillantes colores. Lo mismo acontece en la Siberia, y la isla de Diomida, reconocida en 1760 al Este del cabo Sviatoj, estaba completamente unida al continente cuando sesenta años más tarde fué de nuevo visitada por Wrangel (2).

Los hechos contrarios no son menos ciertos: el profesor Cook, director de los estudios geológicos en el Estado de Nueva Jersey, habla de la inmersión progresiva de la costa del Atlántico desde Groenlandia hasta las Carolinas. Las costas meridionales de Inglaterra experimentan considerables desniveles, pero desgraciadamente tan complicados, que adelanta poco su estudio (3). En muchos puntos se han descubierto bosques sepultados 20 metros bajo el nivel del mar, y se han

(1) Julio Girard: *Desnivelaciones litorales de la península escandinava, según los comprobantes de 1884.* (Boletín de la sociedad geográfica, 1885).

(2) Middendorf, *Reise in dem äussersten Norden und Osten Sibiriens während der Jahre, 1843-44.* San-Petersburgo, 1847-1859.

(3) Gardner: *Geological Magazine*, 1887.

recogido osamentas humanas á 12 metros bajo los límites de las altas mareas. El fenómeno es general, y las investigaciones que hoy se hacen demuestran que desde los tiempos más remotos que nos son conocidos se verifica un movimiento lento y continuo de depresión en la parte del litoral europeo, comprendida entre la península danesa y el golfo de Gascuña. Fácil es comprobarlo en las costas normandas y bretonas; bosques, vías romanas y ricas poblaciones han desaparecido bajo las aguas: en la Vendée han sido sumergidos monumentos megalíticos levantados por el hombre, á consecuencia de una depresión del terreno tan lenta que las piedras no se han desnivelado (1). Los antiguos planos de San Juan de Luz demuestran que las casas existentes cuando se casó Luis XIV han sido invadidas por el Océano (2), y sus cimientos, que subsisten aún como testigos de lo pasado, se ven en baja mar.

(1) Charrier-Filon: *La isla de Noirmoutiers*. (*Bol. acad. de inscripciones*, 1881, p. 295).—A. Chevrement: *Movimientos del suelo en las costas occidentales de Francia y particularmente en el golfo Normano-breton*.

(2) Siendo Prefecto de los Bajos-Pirineos, me interesé yo mucho por la construcción de un dique destinado á proteger á San Juan de Luz; pero ni los ingenieros ni yo nos forjábamos ilusiones para lo porvenir: se puede retardar la inevitable catástrofe, pero la ciudad está destinada á desaparecer.

Tales hechos no sólo se observan en Europa. Hemos citado ya á América, y en las islas Sandwich ha comenzado á notarse una importante depresión en 1868: los habitantes cercanos al mar han visto sumergirse sus casas, y hoy se consagran á la pesca en los mismos puntos en que pastaban pocos años antes sus rebaños, y Wallace (1) refiere que las islas de Kaioa se van sumergiendo en las aguas, pudiendo el navegante ver los árboles cubiertos de su última vegetación.

Es incontestable que los movimientos telúricos son generalmente muy lentos (2): en una sesión de la Academia de Ciencias (3) decía, poco ha, Bouquet de la Grye, fundándose en todos los antiguos cálculos, que la depresión anual del Havre era de cinco milímetros, ó sea de 50 centímetros por siglo, y aún es menor, si no me engaño, en Cherburgo. Daubrée asegura á su vez que desde 1730 á 1849, la emersión vertical de Suecia sólo ha sido de 915 milímetros: la naturaleza obtiene prodigiosos resultados por medio de causas, al parecer pequeñas, pero que obran incesantemente. ¿Será

(1) *The Malay Archipelago.*

(2) Lo contrario puede suceder algunas veces: así Severtzof ha demostrado que la región montañosa que limita el Pamir al Sudeste, es debida á una serie no interrumpida de levantamientos, ninguno de los cuales fué de larga duración.

(3) El 7 de Enero de 1889.

preciso recordar, después de tantos ejemplos, el papel de las lombrices terrestres, que por su incesante actividad remueven y renuevan el suelo (1), ó el más notable aún de los zoófitos á quienes se deben las enormes capas calcáreas que por todas partes se observan en nuestro continente?

Pero, por lo que vemos, ¿podemos averiguar lo que ha pasado en los tiempos geológicos? ¿Hay fundamento para deducir que las fuerzas que hoy conocemos han obrado siempre del mismo modo? No es imposible; pero nada podemos afirmar. Si se impone una circunspección extrema, todo, sin embargo, hace creer que la separación de Inglaterra y el continente se ha verificado de un modo lento y gradual: los geólogos no comprueban ningún movimiento brusco ó violento; por tanto, preciso es admitir un número considerable de siglos para que la separación se completase, y con seguridad el hombre ha vivido durante alguna parte á lo menos de esos siglos.

¿Es esto decir con Mortillet (2), que el hombre cuaternario ha precedido 222.000 años á la época

(1) Darwin, *Formation of vegetable Mould through the Action of Worms*.

(2) *Prehistoria*, primera edición. París, 1883, p. 627 y sig.—Véase en el mismo sentido al Marqués de Saporta, *El Hombre prehistórico*. (*Revista de ambos mundos*, 1.º de Mayo de 1883).—“Cuando Mortillet atribuye una duración de 222.000 años, de los cuales 100.000 corresponden

histórica? Lo negamos en absoluto por falta de pruebas sólidas. Hace ya tiempo que los antropólogos americanos rechazan los cálculos, fundados en las zonas concéntricas originadas por el crecimiento anual de los árboles. Y además, ¿qué vegetal hay tan antiguo que pueda servirnos de punto de partida? Dinamarca busca un cronómetro científico en sus turberas, en las cuales se distinguen muy bien tres niveles arqueológicos distintos y regularmente superpuestos, habiéndose formado con estos elementos una cronología relativa, á saber: la industria de la piedra corresponde á la base, la del bronce al centro y la del hierro á la capa superior. Son muy importantes tales descubrimientos; pero la formación de la turba depende de muchas causas variables para que sea posible sacar de ellas conclusiones seguras. Las que los sabios suizos esperaban sacar de las construcciones lacustres, y del avance ó retroceso de sus lagos no son más precisas, y lo mismo acontece con las fundadas en la estación de Tene (1), de la cual se ha abusado mucho. Para

sólo al Musteriano, á las cuatro fases del período paleolítico, deja el terreno de la ciencia por el de la fantasía, al cual no debe seguirsele.» (S. Reinach, *Descripción del Museo de San Germán en Laye*, p. 178).

(1) La Tene, en el lago de Neufchatel, fué por mucho tiempo considerada como una estación lacustre; pero una exploración más completa ha reconocido en ella un fuerte

fundar una hipótesis sobre los deltas formados á la embocadura de los ríos por las arenas y tierras que arrastran, sería preciso omitir dos factores importantes: la acción de las corrientes marinas y los cambios de cauce del mismo río. M. Horner se funda en los depósitos del Nilo en Menfis: el pedestal de una estatua colosal de Rhamsés estaba rodeado en 1850 de un depósito formado por limo del río, que medía 2^m,90 de espesor. Según Lepsius, reinó Rhamsés 1361 años antes de nuestra Era; la media del depósito sería, por tanto, la de nueve centímetros por siglo. Un sondaje practicado cerca del pedestal y prolongado hasta la arena del desierto, ha puesto de manifiesto que el limo depositado antes de la erección de la estatua tenía un espesor de 9^m,60. Al nivel de la arena se ha encontrado un fragmento de ladrillo cocido, el cual, según los cálculos precedentes, tendría una antigüedad de 13.496 años. Nada deben asustarnos semejantes cifras; pero ¿quién puede decir cómo ese ladrillo llegó al punto en que se le encontró? Todos cuantos han presenciado alguna excavación comprenden cuán delicado es un juicio fundado tan sólo sobre una pieza; es una dificultad

en que los Helvecios, antes y después de la dominación romana, vigilaban el camino de Génova á Vindoniza. (A. Bertrand, *Boletín académico de inscripciones*, 1884, página 55).

más agregada á las muchas que se encuentran en semejantes cuestiones.

Las estalagmitas de Kent's Hole en Inglaterra recubren á veces objetos romanos é instrumentos de sílex. M. Vivian, midiendo el espesor de las capas, asigna más de trescientos mil años al depósito más antiguo de aquellos en que yacía el sílex trabajado por el hombre. Pero las aguas incrustantes, ¿no estaban más cargadas de calcárea que lo están hoy? Esto es lo que sería preciso demostrar antes de señalar cifras tan fantásticas (1).

En lo que particularmente funda Mortillet los cálculos que á su parecer son seguros, es en la aparición y desaparición de los grandes mamíferos, y en la extensión de los glaciares. No tenemos ejemplo, dice, de la aparición ó desaparición de las grandes especies animales en los tiempos históricos, cuya suma asciende á más de seis mil años. Ahora bien, durante al época cuaternaria vemos aparecer y desaparecer sucesivamente numerosas especies; así, por ejemplo, el *Elephas*

(1) Refería poco ha un periódico inglés, que al levantar algunos tubos colocados hacía unos seis meses con destino á la conducción del gas á Pool's Hole, cerca de Brixton (Derbyshire), se los encontró recubiertos de una capa estalagmítica de más de tres milímetros de espesor, lo cual, prosiguiendo en la misma proporción, daría un metro al cabo de ciento sesenta años. ¿A qué quedan, por tanto, reducidos los cálculos de M. Vivian?

primigenius reemplaza al *Elephas antiquus*, el *Rhinoceros tichorinus* al *Rhinoceros Merckii*, desapareciendo luego de la escena uno y otro. Sin duda que esos hechos son importantes y nadie los niega; pero podemos deducir de ellos que los tiempos históricos no son nada al lado de las largas series de años necesarios para que tales cambios se hayan verificado en la fauna, ignorando en absoluto las causas probablemente múltiples que han presidido á esos cambios.

La extensión de los glaciares alpinos exige un tiempo considerable; transportan bloques erráticos á distancias que varían de 110 á 280 kilómetros. La velocidad máxima de estos glaciares era próximamente de 63 metros; pero la velocidad de los glaciares cuaternarios en una pendiente cinco veces menor, debía de ser también cinco veces menos rápida; y admitiendo este cálculo, es evidente que un bloque errático tardaría más de 20.000 años en llegar desde el Mont-Blanc al valle del Ródano. Si al período de extensión de los glaciares se agrega el de su retroceso, que no debió de durar menos, y el de la época preglaciar, no parecerá exagerado, dice el Marqués de Saporta, asignar la cifra de más de doscientos mil años á la duración de los tiempos cuaternarios, en los cuales ha vivido el hombre. Pero responderemos nosotros: si es permitido afirmar que el hombre

vivió en Europa en la época cuaternaria, ¿podemos afirmar con la misma certeza que vivió durante todo ese período? ¿Podemos siquiera decir que presenció la época glacial? Por mi parte, confieso que me guardaré mucho de fijar el momento preciso de su llegada. ¿Fué en la primera extensión de los glaciares ó en su retroceso? Por ventura, ¿no sería más bien en uno de esos períodos de más elevada temperatura, cuya existencia se comprueba? Todas estas hipótesis son posibles, y cada una ha sido defendida con talento; pero ninguna ha sido demostrada con certeza.„ Los cálculos cronológicos relativos á la aparición del hombre carecen de solidez por la inconstancia é incertidumbre de los datos en que se fundan,„ dice con razón S. Reinach (1). “No trataremos, añade M. Cartailhac (2), de evaluar en años ni aun en siglos, la edad á que se remonta la raza ó razas desconocidas que han dejado en nuestro país vestigios de su existencia. Carecemos de base para formar cálculos; mientras no salgamos de los períodos geológicos y lleguemos á los en que ya la historia registra acontecimientos, no podemos asignar fecha (3).„

(1) *Descripción del Museo de S. Germán*, p. 71.

(2) *La Francia prehistórica*, p. 51.

(3) En otro orden de ideas, dice Lapparent (*Tratado de geología*, 2.^a edición, p. 1282): “Es deshonar la inteligen-

Estamos plenamente conformes con tales conclusiones: probablemente el hombre es más antiguo en la tierra que lo que al presente se admite; pero señalar el número de siglos que han transcurrido desde su aparición, es imposible hoy y quizá lo será siempre. La verdadera ciencia procede estableciendo hechos, uniendo unos con otros por sus relaciones inmediatas, y fundando así hipótesis que puedan sostenerse: si se quiere ir más allá ó más de prisa, se corre peligro de caer en lo que se ha llamado, quizá con demasiado desdén, *Cuentos prehistóricos*.

Determinar el origen de las razas cuaternarias, es todavía más difícil que señalar la fecha de su llegada á nuestras regiones, por más que ambas cuestiones estén íntimamente ligadas. El Marqués de Saporta, en quien una ciencia profunda no siempre excluye una imaginación brillante, coloca, contra lo que tradicionalmente se creía, el centro de la creación en las regiones circumpolares. "La raza humana, dice (1), se ha extendido desde el círculo polar ártico á la Tierra del Fuego, desde

cia humana el dejar en el mismo estado de barbarie durante centenares y aun decenas de millares de años al hombre que había aprendido ya á tallar los sílex de Saint-Acheul."

(1) L. cit., pág. 87.

el país de los Samoyedos á la isla de Van-Diemen, desde el cabo norte al cabo africano. Sólo después de los descubrimientos más maravillosos, continúa con entusiasmo, del auxilio prestado por las poderosas máquinas de navegación, de las empresas más atrevidas y aventureras, puede lisonjearse el hombre civilizado de haber llegado al punto á que llegó el hombre primitivo en época tan lejana que se sustrae á todos nuestros cálculos., Hay en estas palabras una hipótesis que importa estudiar seriamente, tanto más, cuanto una nueva escuela pretende también hacer provenir del extremo norte las razas Arias, de las que trataremos en el transcurso de este trabajo. Hemos dicho que en la época terciaria, y también sin duda en los comienzos de la cuaternaria, las regiones árticas estaban cubiertas de una vegetación lozana. Todos los exploradores que con indomable valor llegan á esas regiones desiertas, están contestes en afirmar la existencia de vegetales fósiles, amontonados desde hace muchos siglos en Groenlandia, el Spitzberg, en la tierra de Francisco José y hasta en Grinnel's Land, á los 80° latitud norte, punto extremo á que el hombre ha llegado. Había allí una vegetación local, atestiguada por troncos que aún subsisten en pie, por yemas y flores en todas fases de florescencia y frutos en todos los grados de fructificación. Ex-

tensos bosques de encinas, de *sequoias* (1), de magnolios y de plátanos se extendían hasta el polo, asemejándose á los bosques actuales de la California, á 25° ó 30° más al Sur. El clima templado que estos árboles determinan, se mantuvo largo tiempo, yéndose enfriando con mucha lentitud. Las bulas de los Papas consignan que en el siglo x hubo misiones danesas en Groenlandia, y en los siglos siguientes, estas costas, hoy tan inhospitatorias, eran el centro de colonias florecientes; se contaban en ellas dos ciudades con catedrales, cuatro monasterios y tres casas reales, y los archivos del Vaticano conservan el nombre de diez y siete Obispos anteriores al siglo xiv. Numerosos indicios testifican que en la misma época el clima de ciertas regiones del extremo Norte de América era menos riguroso que en nuestros días, y el doctor Hayes ha recogido corales fósiles, que ponen de manifiesto que los mares cubiertos hoy de una capa de hielo, estuvieron en otro tiempo poblados de zoófitos y políperos. Bajo la influencia de un frío cada vez más intenso, se extinguió por completo la vida, y tomaron las regiones árticas, quizá para siempre, ese aspecto negruzco y sombrío que presentan en la actualidad (2).

(1) Árboles gigantescos de California, denominados primeramente *Wellingtonia* (N. del T.).

(2) En el Spitzberg, la temperatura media del verano,

A juzgar por lo que sabemos de la vegetación polar, es cierto que el hombre pudo vivir allí, pues el clima era probablemente más templado que lo es hoy el del centro de Francia, y por esto, según Saporta y su escuela, debe de haber salido del polo y haberse extendido por todos los ámbitos del mundo. De allí han salido numerosos grupos destinados á empujarse, á reemplazarse unos á otros, hasta que cada uno, acantonado en una región más ó menos próxima al Sur, se detuvo en ella para fijar definitivamente su carácter y actitud. Para completar su teoría hace ver nuestro sabio cofrade, que todas las emigraciones se dirigen siempre hacia el Sur, como si el hombre reclamase ante todo el calor, fuente para él de bienestar y de vida. "Estas emigraciones han dado origen, dice, á razas, de las cuales las más antiguas, á saber, las que en su éxodo llegaron más lejos, son también las más imperfectas. Las razas superiores son aquéllas que viniendo más tarde, y localizadas en condiciones de clima muy favorables, se han ido elevando gradualmente hasta llegar por el perfeccionamiento de las facultades mentales y del bienestar material, á ese estado

si tal nombre cuadra á semejante estación, es de + 2^o,4; la de Islandia varía, según el punto en que se encuentra el observador, entre 0^o y + 4^o.

complejo que se designa con el nombre de civilización (1).»

Si de este modo puede explicarse la inferioridad de los Boschismanos, Tasmanianos y Fuegianos, acantonados en el extremo Sur, habiendo sido los primeros que, según la teoría de Saporta, se separaron del tronco común, ¿cómo se explica la inferioridad casi tan real de los Esquimales y de otros pueblos del Norte, que debieron de ser los últimos en abandonar su primera patria y que nunca se han alejado mucho de ella? Pero, apresurémonos á confesarlo; esto sólo es una objeción secundaria: lo que reprochamos á la nueva teoría es la carencia de pruebas, pues las que aduce Saporta demuestran sólo que las regiones polares eran habitables, mas no que estuviesen habitadas, lo cual es muy diferente. Sólo haciendo excavaciones podrían encontrarse las pruebas que faltan, y como esto es hoy imposible, y quizá lo sea siempre, tendremos que resignarnos con la eterna hipótesis.

Según el autor de esta teoría, sólo con ella se explica la población simultánea de Europa y América; pero admitiendo Saporta inmigraciones posteriores de razas asiáticas que arribaron por las islas Aleutianas, ¿por qué no ha de admitirse que

(1) L. c., pág. 104.

las poblaciones que vivían en Europa y América durante la época cuaternaria llegaron por el mismo camino? La población de América no ofrece desde este punto de vista mayores dificultades que las de las islas del Mediterráneo. Además, si el hombre hubiese salido del polo para acantonarse en las diversas regiones del globo, los animales que le rodeaban debieron seguir el mismo camino: y entonces, ¿cómo se explica la diferencia tan absoluta que hay entre las dos faunas? ¿Cómo comprender la presencia en América del mastodonte, mylodon, glyptodon y tantos otros mamíferos extraños á nuestras regiones, y en Europa la del rinoceronte, hipopótamo y machairodus, desconocidos en América? Remontémonos aún más: recientes trabajos han descubierto en Far-West mamíferos que llaman la atención por sus extrañas formas, completamente distintas de las que nos son conocidas: por tanto, si para los animales es preciso admitir centros de creación separados, ¿á qué se reduce la teoría de Saporta?

Sin embargo, tiene razón al poner de manifiesto las gravísimas dificultades que hay en explicar por inmigraciones las primeras civilizaciones de América. Las curiosas analogías que de hecho existieron entre las diversas razas del antiguo continente y las del nuevo mundo, ¿no nacen por ventura de la conformidad del espíritu humano,

á veces variable, pero que tiene un fondo común de ideas, instintos y procedimientos? Estas semejanzas, añade Saporta (1), prueban, si se quiere, la unidad del hombre; pero porque el Americano, inventando métodos, creando artes y suputando fechas, encuentre fórmulas equivalentes á las del Asiático ó Europeo, no se sigue que éstos las hayan importado en América. Si algunos individuos aislados penetraron en América, debieron desaparecer sin haber ejercido gran influencia en las razas del país; pero si tribus enteras con sus artes é idiomas, con sus tradiciones é industria, llegaron al suelo americano; si se establecieron continuas relaciones de comercio ó cambio con pueblos más civilizados, no serían entonces vestigios oscuros, sino monumentos estables, inscripciones exentas de toda incertidumbre, é incontestables relaciones lingüísticas, los que se encontrasen. Todo esto es verdad; y desde cualquier punto de vista que se considere, tiene gravísimas dificultades, que no resuelve la teoría de Saporta, como tampoco las resuelven las planteadas antes que la suya, la cual ninguna objeción deshace ni disipa duda alguna; por lo que después de haberla estudiado, no puedo menos de repetir las palabras con que termina mi libro sobre la América prehistó-

(1) L. cit. p. 92 y siguientes.



rica, palabras que Saporta recuerda: *The new world is a great mystery*: el nuevo mundo sigue siendo un gran misterio. El mismo misterio oculta el origen de los habitantes más antiguos de Europa, y lo mejor es admitir su origen asiático; á falta de pruebas científicas, tiene este parecer el apoyo de una tradición constante, que se conserva en las leyendas más antiguas de los pueblos. No pretendemos, sin embargo, disimular la importancia de la objeción de Schlegel (1): "Cuando se busca, dice, el país de origen de un pueblo, los caminos que le han conducido á su definitiva morada y la época en que estas emigraciones se han verificado, es natural preguntar á la tradición popular sobre tan diferentes cuestiones. Tal método tiene serios inconvenientes y sólo obtendremos una respuesta incompleta ó falsa. ¿Cómo se pretende que un pueblo joven, sin saber escribir, y que pasa á una vida sedentaria después de largas y penosas peregrinaciones, cómo se pretende que tal pueblo retenga después de algunos siglos el recuerdo de su antigua patria?"

Se ha preguntado con insistencia si era posible descubrir entre los pobres trogloditas algún vestigio de culto, de fetiquismo ó de cualquier senti-

(1) *Del origen de los Hindos. Ensayos históricos y literarios.*

miento religioso, que nos diera á conocer si admitían un sér superior al hombre, ó por lo menos si esperaban una vida diferente después de la que para ellos era tan penosa. No tenemos hasta ahora ninguna prueba material de su existencia, pues ignoramos totalmente su estado moral y social. A pesar de esto, M. de Mortillet no titubea en proclamar la omnímoda carencia de toda noción religiosa en los tiempos paleolíticos. Suplico á mis lectores me perdonen si me veo precisado á hablar de este horrible barbarismo, que cierta escuela pretende poner en moda (1). Según él, en la época neolítica fué cuando la idea de un Dios germinó en el mundo, y tal idea ha sido la causa principal, si no la única, de la larga degradación de la humanidad, degradación de que se esfuerza por sacarla la ciencia moderna. No se espere que rebata tan extrañas aserciones (citarlas solamente es ya demasiado); sólo exijo los hechos con que se pretende justificarlas, pues cuantos conocemos les dan el más solemne mentís.

Los muertos, desde los tiempos más remotos, eran depositados en sepulturas; cerca de ellos se colocaban objetos que podían serles útiles en la nueva vida que para ellos se abría. Siempre y en todas partes vemos atestiguada esta creencia por

(1) *La Prehistoria*, 1.^a edic., p. 475.

los ritos funerarios, aun cuando las costumbres de los hombres fuesen de las más groseras. Las osamentas humanas de la época cuaternaria son excesivamente raras, y más raras aún las que provienen de sepulturas: pueden, sin embargo, citarse los dos esqueletos de la gruta de Spy, cerca de Namur, descubiertos por recientes excavaciones, y que con seguridad pueden contarse entre los más antiguos de los conocidos. Yo he visitado estos lugares, y ninguna duda me queda de que el hombre y la mujer habían sido depositados después de su muerte en la misma gruta que les había servido de morada. Cerca de ellos yacían tres puntas de sílex, testigos á la vez de su vida y de sus esperanzas. En la sima de Frontal, dice Quatrefages (1), en que la tribu de los Nutones sepultaba á sus muertos, se han hallado mezcladas con huesos humanos conchas perforadas, aderezos de fluorina, y placas de arenisca con dibujos imperfectos, y es evidente que habían sido colocados en la sima funeraria con el objeto de que los utilizasen los difuntos en la nueva vida que comenzaban. Los hombres de Baoussé-Roussé, en los Alpes marítimos, y los de la gruta de Sordes, en los confines de los Bajos Pirineos y de las Landas, habían sido sepultados con sus armas y

(1) *La especie humana*, 2.^a edic., p. 255.

ornamentos más preciosos: ¿no se descubre en esto la esperanza de otra vida en que pudieran valerse de ellos? Citemos también los osarios, cuyo verdadero destino nos ha dado á conocer el primero M. Cartailhac (1): la familia ó la tribu ¿hubieran recogido con tanta piedad los depojos de los suyos, si no hubieran visto en ellos más que la muerte y la destrucción?

Los objetos tan diferentes que en las tumbas se guardaban y cuyo verdadero uso se ignora, ¿no serían amuletos destinados á proteger al difunto? Mientras no se determine el verdadero valor de tales objetos, no se podrá afirmar la carencia de ideas religiosas, dice con razón S. Reinach (2). En la época neolítica abundan las pruebas, y ninguna duda puede subsistir acerca de las creencias religiosas de los pueblos: divinidades femeninas groseramente esculpidas eran las protectoras de las grutas de Petit-Morin, de los vivientes que en ellas moraban y de los muertos que allí descansaban; las mismas divinidades se ven en los monumentos megalíticos de la Normandía y Provenza, testimonios irrecusables de creencias religiosas. Lo mismo se ha de decir de las hachas grabadas en los dólmenes de Bretaña y las que

(1) *La Francia prehistórica*, pág. 105, 113, 120, 146.

(2) *Loc. cit.*, p. 158 y 260.

se encuentran en las sepulturas dolménicas más antiguas, hechas de greda, betún y madera, substancias harto quebradizas para valerse de ellas. Tenía el hacha en la antigüedad una significación religiosa que no es posible desconocer.

A. Layard ha visto en el palacio de Nemrod un bajo relieve que figura un dios empuñando un hacha, y Longperier (1) ha dado á conocer la curiosa escena grabada en un cilindro caldeo, la cual representa un personaje sacrificando un pez delante de un hacha colocada sobre un trono semejante al de los dioses asirios. El hacha estaba grabada en el decorado de una vâra encontrada en Mycenâs por el doctor Schliemann: en el sistema jeroglífico egipcio se significaba la palabra *nouter*, dios, por un símbolo parecido al hacha, y en las rocas de Kivrik se ve grabada el hacha de Odin (2). En muchos cipos ó columnas sin capitel galo-romanas se lee: *Dis manibus*, y luego, bajo la figura de un hacha, *sub ascia dedicavit*. De modo que el hacha que encontramos ya desde los tiempos más remotos y cuya primera significación nos es desconocida, es, durante las edades,

(1) *Obras completas*, publicadas por G. Schlumberger. Tomo I, página 170.—Véase también á Heuzey, *Revista arqueológica*, 1887.

(2) Simpson: *Proceedings Society Antiquarians of Scotland*. Tomo VI, p. V.

un símbolo religioso ó supersticioso, consagrado por el respeto de sucesivas generaciones.

Las pequeñas copas que se encuentran en regiones muy distintas, grabadas en las rocas, en bloques erráticos y en las paredes de las cámaras megalíticas, ¿son, como se supone, símbolos de un culto muy antiguo en honor de los dioses que presiden á la generación? No podemos afirmarlo: sabemos tan sólo que aun hoy son esas piedras objeto de prácticas supersticiosas, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Bien conocidas son las de los habitantes de los valles pirenaicos; los campesinos suizos depositan en ciertos días del año sus ofrendas sobre esas piedras, con el fin de aplacar la cólera de genios malhechores (1), y los escandinavos llevan las suyas á los *Elfenstenars* ó piedras de los Elfes (2). Según una conmovedora tradición, tales dones están destinados á las almas de los muertos que andan errantes por los espacios, hasta que sean revestidas de un nuevo cuerpo mortal.

Los cráneos trepanados, de los que ya hemos hablado algo, suministran un argumento de otro orden. Broca, que hizo un estudio particular de

(1) *Revista arqueológica*, 1864, segundo sem.

(2) J. Mestorf: *Materiales para la historia del hombre*, 1878, p. 277.

ellos, quedaba maravillado al encontrarse con que en muchos de ellos no había indicio de enfermedad ó herida. La mayor parte de esos individuos había sido operada en la flor de la juventud, habiendo sobrevivido mucho tiempo á la operación, de lo cual no deja duda alguna el trabajo de reparación que con facilidad suma se comprueba. Deducía Broca de esto, que la trepanación era signo de una iniciación religiosa, y que el operado adquiría por ella cierto prestigio y renombre que duraba, no sólo mientras vivía, sino también después de muerto. Un descubrimiento posterior ha venido á confirmar esta hipótesis: en las excavaciones del *Hombre-Muerto* (Lozere) se encontró el cráneo de un hombre que en su juventud había sufrido la trepanación, al cual, después de su muerte, se habían quitado numerosos redondeles del cráneo, destinados á ser tenidos como reliquias ó llevados como amuletos, y para que el difunto pudiese presentarse sin lesión en el nuevo mundo en que iba á entrar, se habían sustituido las partes arrebatadas con las de otro cráneo.

Fácil nos sería multiplicar los ejemplos: siempre y donde quiera se ve profundamente grabada en el corazón del hombre la convicción de que después de la muerte le espera otra vida. Creemos que tal convicción existió entre los trogloditas sepultados en el fondo de sus cavernas, como

existe hoy entre los salvajes más degradados del Africa ó Australia (1): siendo ella la suprema esperanza de la humanidad, se perpetúa al través de los siglos.

Acabamos de resumir lo que se sabe acerca de las primeras razas que poblaron á Europa: preciso es investigar ahora los nuevos elementos que aportaron las inmigraciones y la nueva civilización que iniciaron esas razas extranjeras.

(1) Quatrefages, en su libro sobre la especie humana, ha demostrado magistralmente que no hay raza, por degradada que esté, que no crea en algún poder sobrenatural, enemigo ó bienhechor, en la separación del alma y del cuerpo y en otra vida después de la muerte. El ateísmo sólo se encuentra en el estado errático: de manera que es un puro accidente que no afecta á grupo alguno humano algo considerable.





II

LA primera inmigración de que tenemos algún vestigio, fué la de los Turanios, pertenecientes, según general creencia, al tronco uralo-altáico, que comprende entre otros pueblos á los Mogoles, Manchurios, Turcos, Fineses, Laponos y Magiares. Partiendo, según todas las probabilidades, del Turquestán, más allá del Oxus y del Yaxarte (1), llegaron poco á poco á los valles del Cáucaso, y empujados luego por las hordas que se renovaban detrás de ellos, se desbordaron de etapa en etapa por Europa. Su llegada á países poco poblados y sin organización para resistirlos, fué una serie continuada de fáciles victorias. Los inmigrantes se establecieron principalmente en la parte central de nuestro continente y llegaron hacia el norte hasta la Escandinavia. Sus

(1) El Amou-Daria y el Sir-Daria.

representantes viven aún al presente en Laponia, Finlandia, Estonia y en toda la región comprendida entre el Volga y el Ural. Absorbidos por la vigorosa nacionalidad que los rodea, tienden á fundirse con los Rusos, cuyas costumbres, lengua y religión van abrazando.

Leibnitz fué el primero que dijo que la comparación de las lenguas debía aclarar el origen de los pueblos; entreveía ya el gran filósofo los adelantos á que en nuestros días tan poderosamente ha contribuído la lingüística. Fundándose en el diccionario común á las lenguas turanias y á sus derivadas (1) según el método de Adolfo Pictet, ha sido como el doctor Cruel (2) ha podido, no sin resultado, reconstituir en parte la vida de esos pueblos. No se descubre entre ellos vestigio alguno de organización política; sólo la familia constituía el estado social. Los distintos idiomas deri-

(1) Las lenguas turanias pertenecen á la familia de las aglutinantes, y se da ese nombre á aquellas en las que está formada la palabra de muchos elementos yuxtapuestos, de los que uno solo conserva el sentido primitivo, uniéndose los otros con el nombre de afijos á la raíz. Ciertos idiomas de América, como el de los Algonquinos, Delawareares y particularmente el de los Chipawayos, ofrecen algunas relaciones con los idiomas turanios de Europa.

(2) *Die Sprachen und Völker Europa's vorder arischen-Einwanderung Streifzuge auf Turanischen Sprachgebiete*. Detmold, 1883.—El P. Van den Gheyn ha hecho un excelente análisis de este trabajo en la *Revista de cuestiones científicas*, número de Julio de 1883.

vados del primitivo sólo tienen los términos que expresan las relaciones de padre ó madre, hermano ó hermana; por lo cual, puede deducirse que estos inmigrantes estaban divididos en tribus, entre las que existían muy pocas relaciones, reconociendo una sola autoridad, la del jefe de la familia. Poseían rebaños, y quizá de ellos aprendieron los trogloditas á domesticar los animales salvajes, entre los que citaremos al perro, caballo, carnero y buey. El puerco y la cabra no debieron de figurar entre los animales domésticos, ó por lo menos así se deduce de la carencia de esos términos en los diccionarios que conocemos. No practicaban la agricultura, y su alimentación consistía principalmente en leche y carne de sus rebaños; sin embargo, utilizaban el trigo, que se daba probablemente de una manera espontánea; recogían los granos, y macerándolos en agua y moliéndolos entre dos piedras, hacían una especie de pasta que cocían luego bajo las cenizas del hogar. Las mismas costumbres tenían los Cíclopes, al decir de Platón, y los primeros habitantes del Lacio, según lo que cuenta Virgilio por boca de Evandro (1), lo cual sólo se debe quizá á una simple coincidencia.

(1) Recomendamos para los hechos referidos por los autores antiguos la excelente obra de M. d'Arbois de Jubainville, llena de prodigiosa erudición.

Los Turanios vivían en chozas de madera, y les proporcionaban vestidos los animales, cuyas lanas sabían tejer. Como los trogloditas, sólo se servían de armas de piedra, y es de notar que los términos usados para designar el cuchillo, el hacha, la espada y otros instrumentos cortantes estén derivados de palabras que significan roca ó piedra. La explotación de los metales les era desconocida; por lo menos así lo hace presumir el que cada metal tenga nombre diferente en los distintos idiomas. Nada sabemos ni de su cultura intelectual ó moral, ni de su religión; entre tribus y familias había luchas sangrientas, de las cuales la principal causa era la posesión de los rebaños y de los pastos necesarios para alimentarlos. Tenían, según refiere el doctor Cruel, de quien extractamos estos pormenores, una costumbre curiosa y original: la de frotarse uno contra otro las narices cuando se saludaban.

La dominación de los Turanios en los lugares que ocuparon duró muchos siglos, durante los cuales no debieron de hacer progreso alguno. “Los Fineses, dice Tácito con la exageración que le es peculiar, viven en extremada barbarie, en una miseria horrible; no tienen armas, ni caballos, ni casas; su alimento es la yerba, sus vestidos pieles de animales y su cama la dura tierra; todos sus recursos consisten en flechas, las cuales arman con

huesos aguzados, por falta de hierro. Los Fineses de que nos habla Tácito eran los últimos representantes de los Turanios; los Arios, cuya llegada referiremos luego, les obligaron á retirarse á los bosques y pantanos inaccesibles del Nordeste; la falta de comunicación con pueblos más civilizados, consecuencia de su derrota, se agregó á su primitiva barbarie, á pesar de lo cual no desapareció por completo la raza en los lugares de Europa que había ocupado. Cesaron las luchas: los vencidos se unen con los vencedores y, al decir de ciertos antropólogos, existen hoy mismo, siendo sus representantes esos braquicéfalos pequeños y morenos que se encuentran con frecuencia entre las razas rubias y de gran talla.

Mucho antes que los Turanios se estableciesen en el centro y norte de Europa, habitaban el sudeste los Iberos, á quienes conceptuamos también descendientes de la familia uralo-altáica. Es probable, como queda dicho, que los hombres de Cromagnon perteneciesen á esta raza, la cual tiene hoy mismo por representantes á los Vascos, Guanchos de la isla de Tenerife y á algunas tribus africanas que no se han mezclado con turcos ó árabes. Decimos que es probable, porque dada la obscuridad que rodea á estas cuestiones, nada se puede afirmar en absoluto. Los Iberos, ó mejor dicho, los pueblos que llevaban ese nombre, han

desempeñado un papel muy importante (1); en tiempo de su mayor pujanza, que data de más de dos mil años antes de nuestra era, dominaban la Europa Occidental y el Africa del Norte hasta los límites de Egipto (2). Además de España, ocupaban en nuestro continente Francia hasta el Ródano, punto extremo, al parecer, á que llegaron por el Oeste; Córcega, Cerdeña y Sicilia. Los Siluros de la gran Bretaña eran una de sus colonias, y otra se estableció en Grecia; dominaban en Italia, según dicen los historiadores más antiguos. Catón el Viejo, en sus *Orígenes*, escritos dos siglos antes de la era cristiana, habla de los antiguos Sicanos expulsados de Tibur por los Sículos, y en el siglo siguiente cuenta Virgilio á los Sicanos entre los adversarios que encontró Eneas en Italia. Plinio, Aulo Gelio, Servio y Dionisio de Halicarnaso admiten esta antigua tradición, y el último añade que los Sicanos eran de raza ibera.

Desde los tiempos en que dominaban en el

(1) En España misma había diferentes troncos de esa familia; los Tartesios, más poderosos que los demás, moraban cerca del Guadalquivir, y los Cunetas estaban establecidos en las riberas del Guadiana. Al Norte existían los Kempses, y los Gletas entre los Pirineos y el Ebro, los Keritas al pie de los Pirineos, los Vascos hacia el origen del Ebro y otros varios. (D'Arbois de Jubainville, l. c., p. 47 y siguientes.)

(2) D'Arbois de Jubainville, l. c., p. 24 y siguientes.

Sudeste de nuestro continente, ¡cuántos desastres han padecido los Iberos! Su historia apenas es otra cosa que el relato de las conquistas hechas en ellos por pueblos más belicosos que vinieron á arrebatárles los países por ellos dominados. En tiempo de César, á pesar de las victorias de los Ligures y de los Celtas, sus constantes adversarios, poseían aún toda la parte de Francia comprendida entre el Océano y los Pirineos: era su último refugio, y hoy mismo encontramos en los habitantes de esas regiones algunos de sus rasgos característicos.

Su primera estación, según las crónicas más antiguas que tenemos, parece haber estado situada en las márgenes del río Sicanos, cuya situación es difícil señalar con exactitud. Jubainville, tomando la palabra Ibero en su sentido más lato, á saber, en cuanto comprende todo el Oeste de Europa, opina que el Sena es el antiguo Sicanos (1): es una nueva hipótesis acerca de una cuestión en que todo se reduce á hipótesis; pero, debo confesarlo, no me satisface. Es creíble que los Iberos llegaran progresivamente á un grado de civilización notable. Los recientes descubrimientos de los hermanos Siret, cerca de Cartagena, nos permiten seguir sus pasos durante algunos siglos, y gracias á

(1) L. c., pág. 29.

las excavaciones por ellos dirigidas con tanta inteligencia como acierto, nos es fácil darnos cuenta de su género de vida y de sus poblaciones. Quince de sus estaciones, situadas generalmente en llanuras poco elevadas, pueden atribuirse á la fase más antigua del período neolítico, y están caracterizadas por instrumento de sílex extremadamente pequeños, hachas de fibrolita, anillos de mármol y pocos y groseros objetos de alfarería. Referiremos al período siguiente cierto número de habitaciones, cuyos cimientos se han encontrado abiertos en el suelo á medio metro de profundidad; sus muros eran de piedras sobrepuestas, y el techo le formaban troncos recubiertos de arcilla ó de pieles de animales. En ellas se encuentran hachas pulimentadas de diorita, instrumentos de hueso, puntas de flechas de sílex, perlas, redondeles de conchas, que debían servir de aderezos, y martillos de piedra. Algunas muelas, destinadas sin duda á moler el grano, demuestran que estos hombres cultivaban la tierra, ó por lo menos que su alimentación no era exclusivamente animal.

La época de transición entre la edad de piedra y la de los metales atestigua un progreso notable. Los muros de las casas son de guijarros cimentados con arcilla; el techo, sostenido por tirantes y pilares de madera sin labrar, estaba formado por cañas ó ramas entrelazadas y sujetas por cuerdas

de esparto, y recubiertas, como en el período anterior, de espesas capas de arcilla. Los útiles eran muy semejantes á los de la época neolítica, y en las excavaciones se han hallado punzones, puntas de flecha y otros objetos de cobre puro. El descubrimiento de cerca de diez kilogramos de carbonato de cobre, de escorias cuprosas y de restos de alfarería, á los cuales estaban aún adheridas partículas de escoria, demuestran que los objetos de cobre, armas ó aderezos, habían sido fundidos en el mismo lugar. El mineral, según todas las apariencias, provenía de las montañas próximas, en las cuales se ven aún al presente eflorescencias cuprosas. Se han recogido también algunos objetos de bronce; pero si los de cobre han sido fundidos, modelados y pulimentados en el mismo lugar, los de bronce eran importados del extranjero, porque al parecer desconocían los indígenas el estaño y no sabían obtener nuevas alhajas de bronce más que fundiendo las que ya tenían. La carne era uno de los principales elementos de su alimentación, pues se han encontrado en sus moradas osamentas de buey, cabra, corzo, jabalí y también granos de cebada ó trigo, de habas y de castañas: era, por tanto, un pueblo agricultor, pastor y cazador á la vez.

Los hombres que vivieron en la época en que ya el metal tenía la capital importancia que jamás



había de perder, amenazados incesantemente por terribles enemigos, á cuyos golpes por fin habían de sucumbir, construyeron sus villorrios en las alturas, rodeándolos de sólidas murallas, en las que sólo dejaban una entrada muy baja y fácil de interceptar. Las casas, de forma cuadrada, rectangular ó trapezoidal, según las condiciones del terreno, eran generalmente muy pequeñas, por no consentir otra cosa el estrecho espacio que entre ellas y los muros mediaba.

Como siempre, á las sepulturas hay que preguntar para conocer mejor las costumbres y género de vida de nuestros antepasados. Más de 1300 han excavado los hermanos Siret: la inhumación era el procedimiento adoptado, la cual se verificaba con frecuencia en la misma casa; de modo que la mansión de los vivos sólo estaba separada de la de los muertos por una pequeña capa de tierra. Colocaban los cuerpos ya del todo extendidos, ya replegados sobre sí mismos, rodeándolos de piedras para protegerlos: á veces los ponían en verdaderas cajas, hechas de grandes losas de asperón ó micaquisto, y con más frecuencia aún en grandes urnas de barro.

Estas urnas funerarias, de forma ovalada y muy semejantes á las recogidas por Schliemann en Troya, estaban hechas de pedazos, que se unían antes de cocerlos. Es admirable la destreza del al-

farero que, sin contar con la rueda, conseguía hacer vasos de tan grandes dimensiones (1). El cuello estaba adornado de mamelones, y su color era generalmente rojo por fuera y negro por dentro, usando para cubrirlos losas de piedra y alguna otra vez una tapadera de la misma materia, recibida con arcilla.

Nos hemos detenido en reseñar esas pobres estaciones perdidas en la extremidad de la península española, porque son el único testimonio que los Iberos han dejado de su existencia, y porque hasta los descubrimientos de los hermanos Siret apenas eran conocidos más que por algunos fragmentos sacados de antiguos historiadores. Con tan pocos datos bien se comprenderá cuán difícil es determinar su origen: ya hemos dicho que probablemente proceden de la gran familia turania, la cual dominaba casi completamente á Europa antes de la venida de los Arios, los que avanzando sucesivamente por las diversas regiones de nuestro continente arrojaron de ellas á las razas que los habían precedido. Ya hemos visto á los Fineses relegados al Norte, al país que aún conserva su nombre, y lo mismo sucedió en el Mediodía, teniendo los Iberos que refugiarse en ciertos puntos

(1) Su altura variaba entre 0,80 y 1,70; y su diámetro por la parte más ancha era de 0,45 á 0,50.

del Sur de España, de donde luego los expulsaron los Fenicios, y en las abruptas quebradas de los Pirineos, en donde hoy mismo están representados por los Vascos.

No ignoro que se combate vivamente esta última hipótesis, como todas las que no pueden demostrarse; creo, sin embargo, que tiene en su favor, si no pruebas completas, por lo menos muy atendibles (1). Charencey ha hecho ver las afinidades ya en la gramática, ya en el diccionario, que enlaza el idioma de los montañeses de los Pirineos con numerosos dialectos del Ural, por ejemplo, el finés, el lapón y el magiar (2). Las dificultades del

(1) D'Arbois de Jubainville, Van-Eys y Vinson, entre otros, la rechazan totalmente; pero Gerland (*Die Basken und die Iberen*) ha tratado esta cuestión, y concluye diciendo con Humboldt, Luchaire, Dawkins, Rhys y otros muchos, que los Iberos son seguramente los progenitores de los Vascos. Fritz Hommel acaba de publicar sobre esta misma cuestión un volumen (*Abriss der Geschichte der Vorderasiatischen Völker Kultur*) en el cual emite ideas nuevas. Hace descender á los Iberos de una raza asiática á la cual da el nombre, tomado de Herodoto, de *Alavodiana*, siendo representantes étnicos de esas raza los Lazses, Mingrelianos y los Georgianos del Cáucaso, á la cual pertenecerían también los Hititas y los Etruscos. No he podido hacerme con esa obra, por lo cual sólo señalo las conclusiones de Hommel sin discutir las pruebas en que las funda.

(2) *La lengua vasca y los idiomas del Ural*. París, 1862. Pueden también consultarse diversos artículos de Charencey insertos en la *Revista de Oriente* y en los *Anales de la Filosofía cristiana*.

trabajo emprendido eran grandes: “diseminados, dice, desde tiempos muy remotos en un espacio inmenso, condenados por la naturaleza misma del suelo que ocupaban á la vida nómada, no tardaron los pastores de la alta Asia en fraccionarse en una multitud de tribus, diferentes por sus costumbres, su tipo físico y su idioma. Desconocieron por mucho tiempo el arte de escribir, y aún lo desconocen hoy gran número de esas tribus; por tanto, no hay que buscar en ellas ni anales, ni antiguos monumentos. Su mismo sistema gramatical ha experimentado no menores alteraciones que su vocabulario, y en vano se buscaría, ya en las riberas del Báltico, ya en las estepas de Siberia, un solo dialecto que tuviese con sus congéneres la misma relación que tiene el zenda ó el lituano con otros idiomas indo-europeos.” Tales dificultades no bastaron á detener al ilustre filólogo: siéndonos imposible seguirle en todo su estudio, nos limitaremos á indicar algunas analogías que señala.

Como el finés, pertenece el vasco ó euskaro á la clase de idiomas aglomerantes, es decir, á aquellos en que la idea de relación se señala siempre por medio de sufijos fácilmente separables de la palabra principal. En una y otra de estas lenguas encontramos la estructura, con frecuencia inversa, de la frase, la falta de distinción entre los géneros, la poca flexibilidad de la raíz pronominal,

la confusión entre las diversas categorías gramaticales y la repugnancia en admitir doble consonante inicial. En la gramática finesa y vasca precede el régimen á la palabra á que se refiere y el genitivo al sustantivo de quien va regido. Más nos ha sorprendido aún la afinidad incontestable que señala Charencey, entre las palabras más usuales é importantes y entre ciertas formas de la declinación y conjugación.

Existen sin duda notables diferencias; pero ¿entre qué lenguas no se encuentran cuando se trata de hacer ver su parentesco? (1) Las dificultades aumentan cuando los pueblos han vivido separados por muchos siglos y por distancias que apenas podemos calcular, y sobre todo, cuando se desconocen las leyes á que ha obedecido la formación de las lenguas en los tiempos prehistóricos. Por más que lleguemos á determinar la semejanza de idiomas, no podemos deducir de aquí en absoluto

(1) El euskaro, idioma de de los Vascos, ¿es por ventura el de los antiguos Iberos? A nuestro juicio parece incontestable; pero debemos decir que no existe fragmento alguno de cierta extensión ni en el antiguo vasco, ni en el ibero. Charencey trata largamente esta cuestión (l. c., p. 51), y á él remitimos al lector. Demuestra también la curiosa semejanza del euskaro con muchos idiomas de la India, á propósito de lo cual dice Whitney, sabio filólogo americano: "No hay dialecto en el mundo antiguo que por su estructura se parezca más al vasco que las lenguas americanas. (*La Vida del lenguaje*, 1875, p. 213.)

el origen común de los pueblos; porque tal semejanza puede provenir de la proximidad, conquista ó continuas relaciones; pero á la presunción que esto entraña, se agrega otra prueba que parece perentoria: la de que no hay otra raza con la que podamos enlazarla. D'Arbois de Jubainville pretende, al parecer, confundirlos con los Atlantes, lo cual aleja la dificultad, pero no la resuelve; porque entonces sería preciso investigar á qué raza pertenecían los habitantes de la misteriosa Atlántida.

Una tierra más vasta que el Asia Menor y la Libia reunidas, dotada de aire puro, clima suave y fértil suelo, se levantaba en otro tiempo, según dicen, más allá de las columnas de Hércules, y se extendía á lo lejos por el Océano atlántico. Los atlantes, que así se denominaban sus moradores, estaban sometidos á reyes, cuyas victorias habían consolidado su dominación: Egipto hasta Libia, y Europa hasta el Tirreno, obedecían sus leyes; los pueblos, fuera de esos límites, estando los atenienses á la cabeza, se aliaron para resistirlos; después de una lucha larga y sangrienta triunfaron de la poderosa armada, que pretendía subyugar á Europa y Asia. Los crímenes de los atlantes provocaron la ira del cielo; la inesperada erupción de un volcán y un temblor de tierra destruyeron sus casas; luego un diluvio, cual jamás

le vieron los hombres, hizo que la Atlántida desapareciese en una noche, siendo aún testigos en nuestros días de esta catástrofe las Canarias, las Azores, las Islas de Cabo Verde y de Madera (1).

Compendiamos el relato que los sacerdotes de Sais hicieron á Solón, el cual añade que tales sucesos se verificaron nueve mil años antes de su venida á Egipto. Su autenticidad parece incontestable. Critias, cuyo abuelo fué contemporáneo de Solón, se lo contó á Sócrates, y Platón, discípulo de Sócrates, lo trasmitió á la posteridad (2). Una tradición constante había conservado el recuerdo de esto en Atenas, y en los pequeños Paneténeos, que se celebraban todos los años en honor de Minerva, se llevaba un *peplum* (velo largo) destinado á recordar la protección de la diosa en la guerra que los atenienses sostuvieron con los atlantes.

También otros escritores mencionan la Atlántida: Aristóteles (3) habla de la isla de Antilla, separada del continente por muchos días de navegación, la cual, dice, había sido descubierta y colonizada por los cartagineses, quienes ocultaban con tanto celo su existencia, que castigaban con

(1) En 1665 emitía ya esta idea el sabio jesuita Kircher en un libro que se titulaba: *Mundus subterraneus*.

(2) TIMEO: edic. del *Panteón Literario*, p.643.—CRITIAS: traducción Véase *Cousin*, tom. XII.

(3) *De mirabilibus Auscultationibus*, cap. IV, y Problemas, capítulo XXVI.

la muerte á los que se atrevieran sólo á nombrarla. Diódoro de Sicilia (1) cita una isla situada al Oeste de Libia, y da el importante detalle de que estaba regada por dos ríos navegables, lo cual atestigua su mucha extensión. Teopompo, que escribía, como Platón, en el siglo IV antes de nuestra Era, refiere que la existencia de la Atlántida formaba parte de las enseñanzas dadas por Sileno al viejo rey Midas (2), y Virgilio, en la Eneida, por el hermoso privilegio del genio, ha inmortalizado su recuerdo (3).

Fácil sería multiplicar citas (4): D'Arbois de

(1) *Bibliot. Hist.*, lib. V, cap. XIX, trad. de Hoefler, tom. II.

(2) Sólo existen de Teopompo algunos fragmentos reproducidos en *Fragmenta Hist. Graecorum*, edición Didot, tom. I.

(3) Lib. VI.

(4) Solón había compuesto una epopeya acerca de las explotaciones de los Atlantes: citemos también á Marcellino en las *Etiópicas*, á Posidonio, que escribía un siglo después de nuestra Era, á Séneca el Trágico, en *Medea*, y á Ammiano Marcelino, que llamó á la Atlántida *insula orbe spatiosior*. Sería molesto mencionar á todos los historiadores y geógrafos que han tratado esta cuestión: me contentaré con citar á Budbeck, profesor en la Universidad de Upsala, que pretende colocar la Atlántida en la Escandinavia. Recientemente, muchos de mis sabios cofrades de la Sociedad de antropología han vuelto á tratar de ella: el doctor Amegino (*La Antigüedad del Hombre en la Plata*. París y Buenos Aires, 1880); el doctor Layneau (*Bolet. de la sociedad antrop.*, 1864, p. 248.—*Rev. de antropología*, 1880, p. 459), y M. Ploix (*Rev. de*

Jubainville se inclina bastante á no rechazar las conclusiones que de ellas se deducen: "Limitémonos, dice, á comprobar que antiguas leyendas, al comenzar la historia en las regiones occidentales de Europa, mencionan un gran imperio, creado por un pueblo, cuyo origen, según antiguos relatos, no era asiático, y que venía de una isla situada, al parecer, al Oeste de España y de las regiones septentrionales de Africa.," Acepté en otra ocasión una solución muy semejante á esta, apoyándome en consideraciones geológicas é hidrográficas demasiado largas para recordarlas aquí (1). Pero los sondeos del *Challenger*, que no tiene muy en cuenta el eminente miembro de la Academia de Inscripciones, suministran fuertes argumentos en contra de la existencia de una isla en el lugar en que se la quiere colocar, fundándose en leyendas inciertas, escritas, aun cuando se admita la fecha dada por Solón, muchos siglos después de los acontecimientos cuyo recuerdo pretenden consagrar. Creo, por tanto, que si no se puede afirmar el origen turanio y por lo mismo asiático de los

antrop., Mayo, 1887). Los dos primeros aceptan la existencia de la Atlántida, y M. Ploix, al contrario, combate con calor semejante hipótesis. Se ha llegado hasta atribuir la desaparición de la Atlántida á una modificación de las corrientes oceánicas. (Siis: *Antlitz der Erde*, 1881).

(1) *La Atlántida* (*Correspondant*, 1881).

Iberos, es la hipótesis que me parece más verosímil de todas las hasta hoy presentadas.

Si la aceptamos, dos caminos distintos estaban abiertos á los Iberos: pudieron dirigirse, como cuenta Varrón, por el Sudoeste del Cáucaso hacia el Norte de Italia; luego, por el litoral Mediterráneo, llegar fácilmente á la península ibérica. Estrabón, al decir que una de las colonias fundadas por ellos durante el viaje, se había establecido en Georgia, da cierto peso á este itinerario; pero los inmigrantes podían también llegar á España por el litoral asiático y africano, atravesando fácilmente el estrecho de Gibraltar, que quizá no existiera en la época de su llegada.

Otra inmigración, muy distinta de las que acabamos de reseñar, y seguramente de mayor importancia, se nos da á conocer por sus monumentos. Consisten éstos en piedras, de peso á veces muy considerable, implantadas en tierra ó dispuestas en forma de círculo, y con más frecuencia aún, en tres ó cuatro losas hincadas en el suelo por uno de sus extremos, sirviendo de columnas á otra puesta sobre ellas de plano. Menires, *cromlechs* y dólmenes, que así se les denomina hoy, se ven en regiones muy diversas, desde las costas del Atlántico hasta las montañas del Ural, desde las fronteras de Rusia hasta el Océano Pacífico y desde las estepas de Rusia hasta las llanuras del



Indostán, encontrándose también en la Argelia, Túnez, Marruecos, Palestina y el Cáucaso. En todas partes presentan estos megalitos, mudos testigos de un pueblo cuyo nombre ignoramos y cuyo origen está rodeado de espesas tinieblas, la misma forma característica, la misma apariencia, los mismos procedimientos de construcción; hecho cuya importancia para la historia primitiva de la humanidad no puede desconocerse.

¿Qué debemos inferir de semejanzas tan sorprendentes? ¿Son, por ventura, como se ha supuesto, efecto de mera casualidad, de cierta analogía de la inteligencia humana, que en circunstancias y medios distintos concibe las mismas ideas y produce los mismos resultados? En todo tiempo, se nos dice, han tratado los hombres de dejar memoria, no sólo de su existencia, sino también de su poder y dominio por medio de monumentos: el dolmen se presentaba naturalmente á su espíritu, por ser una imitación de la caverna, que fué su primera morada. No es esta mi opinión, y estoy convencido de que los megalitos provienen de una sola raza que ha seguido erigiéndolos durante muchas generaciones, con invencible apego á las costumbres de sus antepasados.

Entre las pruebas que pueden alegarse, hay una que me ha sorprendido siempre de un modo especial. Numerosos dólmenes están dispuestos

de manera muy significativa: una de las columnas, casi siempre la que cierra la entrada, tiene un pequeño orificio circular, rara vez oval ó cuadrado. Se encuentran estos dólmenes en la India inglesa, en donde las dimensiones del orificio varían entre 15 y 25 centímetros; en Escandinavia, en Argelia, en Alemejo, en donde el orificio es cuadrado, y en Palestina, donde con frecuencia se hallan nichos sepulcrales abiertos en la roca y con un agujero que corresponde al de la piedra de entrada. M. Chantre, durante sus recientes exploraciones en el Cáucaso, ha encontrado en el litoral del Mar Negro dólmenes con su orificio, y con frecuencia se ven también en Inglaterra y Francia (1), entre los cuales citaremos el pasadizo cubierto de Conflans-Sainte-Honorine levantado primeramente en la confluencia del Sena y del Oise, comprado después por el Estado y reconstituido en los fosos de San Germán, en donde cada uno puede estudiar sus disposiciones como mejor le plazca.

Los orificios que se observan en los dólmenes de tan distintas regiones, son demasiado estrechos para que pudieran por ellos introducirse nuevos cadáveres. El número de osamentas es

(1) El número de megalitos hoy conocidos en Francia ascienden, según un trabajo reciente, á 2.582, repartidos en 60 departamentos y en cerca de 1.200 de bienes comunales.

por lo general muy reducido para hacernos sospechar que esos megalitos fueran osarios, en los que se depositaban los esqueletos ya descarnados, conforme á un rito funerario muy extendido en nuestro continente, según ha demostrado M. Cartailhac. Tales orificios, trabajosamente abiertos en las piedras, apenas servían para renovar los alimentos que con piadoso cuidado se depositaban cerca de los difuntos. La explicación que parece más plausible, es que tales orificios estaban destinados á permitir que el alma ó espíritu abandonase su prisión terrestre y se lanzase hacia las regiones felices ó desgraciadas, admitidas por todos los pueblos, creencia de la que esas piedras son testimonio imperecedero.

Llama la atención el que ese pensamiento, ese rito funerario fuese común á los constructores de los megalitos, por distantes que estuviesen unos de otros; cosa que demuestra del modo más terminante la unidad de origen del pueblo dolménico.

En Bretaña ha sido donde por más largo tiempo han conservado intactas los inmigrantes las costumbres de sus antepasados, debido sin duda á que el Océano presentaba un obstáculo insuperable á su propagación. Allí es donde se encuentran las sepulturas más importantes, dedicadas quizás á sus jefes, Mané-er'-Hroek, Gavr'imis, los dólmenes del monte San Miguel, de Kerlascant, de Tumiac

y otros muchos que la Sociedad polymática de Morbihan ha dado á conocer. En las excavaciones de Mané-Lud, por no citar otras, se ha encontrado una planicie roqueña perfectamente nivelada: en el extremo oriental una calle formada por columnas de piedra, sobre algunas de las cuales había cabezas de caballo en el estado de esqueletos; en el otro extremo un dolmen, precedido de una galería; en el centro un galgal (1) cubriendo una cripta, cuya bóveda estaba formada por gran número de piedras planas, apoyadas unas en otras. Contenía esta cripta osamentas humanas, fragmentos de alfarería y otros objetos pertenecientes á la edad de piedra pulimentada (2). Los esqueletos eran dos y estaban replegados sobre sí mismos, como indicando que el cadáver confiado á la tierra, madre común, debe tener una posición semejante á la que tiene el niño en el vientre de su madre; en lo cual se descubren vestigios de un rito funerario que encontramos en épocas y países muy diferentes.

La incineración fué posterior, y semejante rito sólo puede explicarse por una idea religiosa, por

(1) Es el nombre que se da á un montón artificial de pequeñas piedras.

(2) R. Galle y Mauricet: *el Mané-Lud en Locmariaquer*; Vannes, 1864.—A. Bertrand: *La Galia antes de los Galos*, pág. 101.

ejemplo, el culto del fuego, el cual debió de ser introducido por razas extrañas. Sin embargo, un sabio eminente, el profesor Pigorini, ha comprobado su existencia en Italia antes de las grandes invasiones arias: ¿no pudo suceder lo mismo en la antigua Armórica (1)?

La riqueza de los objetos funerarios depositados en los dólmenes de Bretaña es uno de los distintivos más notables de las sepulturas megalíticas (2). En las más antiguas se han recogido hachas maravillosas, tanto por su forma como por su trabajo, hechas de jade (piedra dura y verdosa), jadeita y cloromelanita, rocas que no se encuentran en Europa; perlas y arracadas de *calais* (especie de zafiro), piedra preciosa mencionada

(1) De 145 sepulcros, en cuyas excavaciones se han encontrado objetos pertenecientes á la edad de piedra pulimentada, sólo en 20 se observa la inhumación y en 72 la incineración. De 39 tumbas de la edad de bronce, en 27 se observa la incineración y sólo en dos la inhumación. Puede deducirse de tales hechos que las tribus armóricas practicaban la incineración antes de conocer los metales. (P. de Chatellier: *Mem. Soc. de emulación de las Costas del Norte*, 1883). El doctor Prunieres asegura también, fundándose en el dolmen de Marconnieres (Lozere), que la cremación se usaba desde los tiempos neolíticos.

(2) En las excavaciones de uno de los dólmenes de Morbihan se han hallado 11 hachas de jadeita, 90 de fibrolita, 30 arracadas de calais, 44 gargantillas de cuarzo, ágata y turquesa. Recientemente se han descubierto en Velay y Auvernia yacimientos de fibrolita, desconocidos hasta ahora.

por Plinio y desconocida entre nosotros hasta estos tiempos (1). Más tarde se depositaron en las tumbas collares, brazaletes de oro y numerosos objetos de bronce. El respeto de estos pueblos á los muertos es verdaderamente notable: los constructores de los dólmenes no dudaban en desprenderse de sus más preciosas alhajas, de sus más hermosos vestidos y hasta de las armas venidas de puntos lejanos, y transportadas por la tribu durante sus largas peregrinaciones. Nadie osaba violar ese rico depósito, transmitido intacto hasta nosotros: temo que nuestros contemporáneos, por civilizados que se los suponga, no serían tan desinteresados.

No es posible referir los megalitos á ninguno de los cultos conocidos en la antigüedad: no se han erigido en honor de Odín, ni de Osiris, ni de Ateno, ni de Astarte, dioses fenicios ó egipcios, griegos ó romanos, pudiendo, por tanto, colocar el tiempo de su construcción entre dos fechas extremas. En ninguna de las excavaciones hechas en ellos se han encontrado restos del gran oso ó del

(1) Desde 1877 ha descubierto M. Damour la presencia de objetos de jade, jadeita y cloromelanita en 41 de nuestros departamentos. Se han encontrado perlas de calais no sólo en Bretaña, sino también en Provenza, España y Portugal. Según dice Plinio, el calais venía del Cáucaso y del país de los Phycaros, más distante que las Indias.

reno, y mucho menos los del mammout ó rinoceronte: lo que sí se encuentran, son restos de animales característicos de la época neolítica, período á que se remontan los más antiguos de estos misteriosos monumentos. Se prosiguió levantándolos durante los tiempos que mediaron entre la edad de piedra y la del bronce, durante toda la edad del bronce y del hierro y aun en los primeros siglos del cristianismo. Inscripciones en *ogham* (1) demuestran que se levantaron en Irlanda después de la ida de San Patricio: corona la cruz algunos menires de Bretaña, y el mismo símbolo de la fe cristiana se encuentra en los del Indostán. Es probable que la erección de megalitos no cesara en Inglaterra y Francia hasta el octavo ó noveno siglo de nuestra era, y los menires levantados más tarde aún en Escocia y Escandinavia, manifiestan el apego de los pueblos á sus antiguas tradiciones (2). Estos rudos monumentos se han transmitido de los invasores á los invadidos, de los vencedores á los vencidos, no sin lucha y resistencia, pues el doctor Prunieres nos presenta en Lozere

(1) Gaélico, dialecto de Escoceses é Irlandeses. (N. del T).

(2) Los Khasias, pertenecientes á una de las tribus de la India, erigen aún al presente megalitos, cromlechs ó dólmenes.

á los indígenas (1) heridos por flechas dolméticas, refugiándose en sus cavernas, como en punto seguro para morir.

Si para la edad de los megalitos llegamos á las conclusiones precedentes, la empresa es harto más difícil cuando pretendemos designar la raza á que sus constructores pertenecían. Las distancias que separan las zonas megalíticas son considerables: levántanse dólmenes en Crimea y Circasia, y luego no se vuelven á encontrar hasta las riberas del Báltico y llanuras de la Alemania del Norte; no existen en la región poblada por los Belgas, desde el Drentha hasta el Sena; se desconocen por completo en los valles del Rhin y del Escant, y son muy contados en Grecia é Italia, donde las construcciones pelásgicas, testigos de una civilización más avanzada, se desarrollan con toda holgura. Vense megalitos en Palestina, y para volverlos á encontrar en Peshaswar ó en el valle de Cabul, es preciso — recorrer más de tres mil kilómetros. No es posible desconocer el alcance de estos hechos: sabemos que los pocos viajeros que han recorrido el Afghanistan y el Daghestan, han visto túmulos que pueden servir de lazo de unión entre los monumentos de la India y los

(1) Eran dolicocefalos; los invasores, según Prunieres, braquicefalos. Existieron luego entre las dos razas alianzas muy estrechas, como lo demuestra la fusión de ambas.

del Cáucaso; particularmente el mayor Biddulph señala la presencia de dos cromlechs en los valles de Indo-Kouch (1): los megalitos de Palestina y Arabia pueden relacionarse con los del Norte de Africa por las regiones, tan poco conocidas aún, que separan el valle del Nilo de Marruecos. Podemos agregar á lo dicho una advertencia más general: los países en que se encuentran los megalitos abundan en granito y arenisca; en los demás sólo hay calcárea muy friable: ¿no puede suponerse que sus monumentos, si por ventura los ha erigido el hombre en algún tiempo, se han arruinado con facilidad, y que sus vestigios han desaparecido con el trascurso del tiempo? Son plausibles estas explicaciones, pero preciso es reconocer que nada demuestran.

Hay otra hipótesis, á la que me inclino bastante: veremos más adelante cómo los Arios se dividen en dos grandes ramas, una que se dirige hacia la India y otra hacia Europa. En las dos encontramos la misma veneración para los difuntos: nada obsta, por tanto, el que ciertas tribus arias hayan conservado después de su separación la costumbre de erigir megalitos en su honor, dólmenes para que les sirvieran de sepultura, lo cual explica también la notable semejanza de tales mo-

(1) *Tribes of the Hindoo-Kosch*; Calcutta, 1881.

numentos en Asia y Europa. Si aceptamos esta hipótesis, podemos atribuir los del Norte de nuestro continente á los Celtas, quienes, empujados hacia adelante por los primitivos arios, los Pelasgos, franquearon el paso del Cáucaso y llegaron por el Norte del mar Negro á establecerse en el valle del Danubio, para ganar luego las riberas del Báltico, y después, por una serie quizá nunca interrumpida de emigraciones, descender hacia las regiones centrales y meridionales de Europa, desde donde por fin se desbordaron hacia el Norte de Africa. No puedo menos de confesar que tal hipótesis es muy problemática; pero ¿por ventura no lo es todo cuanto se refiere á la investigación de los primeros tiempos en que Europa fué habitada?

Nada deben sorprendernos las emigraciones de pueblos enteros con sus familias y rebaños; su recuerdo se encuentra en todas las tradiciones, en todas las leyendas que han llegado hasta nosotros. Las invasiones de los Godos, Vándalos y Hunos, y la de los Turcos en la Edad Media, son del dominio de la historia, y para citar un hecho más reciente y menos conocido, en 1771 algunas tribus de Kalmucos, descontentas del Gobierno ruso, se decidieron á volver á China, de donde habían venido siglo y medio antes. Los kalmucos partieron el 5 de Enero de la ribera izquierda del Volga, en número de más de seiscientos mil, y llegaron á

su destino en Septiembre, después de inauditos trabajos, agravados por la activa persecución de la caballería rusa. Perecieron más de doscientos mil, y su camino está aún sembrado de huesos de hombres y animales.

Un nuevo objeto de admiración encontramos en los megalitos, y es que los escritores romanos, tan exactos en sus descripciones de la Galia, no hagan mención alguna de Stonehenge ni de Avebury. César asiste al combate de su flota con la de los Vénetos en el mar de Morbihan, y no le llaman la atención los menires de Carnac. Plinio, que recorre la Galia repetidas veces, ni una palabra dice de los dólmenes. Nuestros antiguos poetas, Ausonio, Sidonio Apolinar y Fortunato, tan entusiastas siempre de las glorias de su país; nuestros antiguos cronistas Sulpicio Severo, Gregorio de Tours, guardan el mismo silencio. Madama Sevigné va en Julio de 1689 á residir en Auray y visitar sus alrededores; en sus inimitables cartas cuenta á su hija cuanto hace y cuanto dice, y no menciona siquiera las hileras de piedra de Carnac ó de Erdeven, sin duda mucho más completas entonces que ahora. Preciso es deducir de aquí que estos monumentos toscos y rudos eran mirados con desdén por generaciones que no sabían descifrar sus secretos ni comprender su importancia.

Mientras los constructores de los megalitos avanzaban hacia el Norte y Oeste de nuestro continente, otros inmigrantes penetraban en el centro de Europa. También era su punto de partida el Asia, la *officina gentium*, la tierra en que se criaban los pueblos destinados á engrandecer tanto la humanidad. El camino de estos nuevos invasores era el Asia Menor y el Helesponto: luego, dejando siempre á la derecha el camino seguido por los Celtas, penetraban en Macedonia, Tracia, el valle del Danubio y Hungría, y por fin llegaban al pie de la gran cadena de los Alpes.

El nombre, la memoria de estos antiguos Helvecios estaban completamente olvidados; ninguna leyenda, ninguna tradición daban noticia de ellos á sus descendientes, y sólo al acaso se debe el que en nuestros días se hayan exhumado sus restos. Una gran sequedad, que se mantuvo en Suiza durante los años 1853 y 1854, produjo un gran descenso de nivel en el lago de Zurich, y el descubrimiento de numerosos pilotes verticales aún en el fondo del lago llamó la atención de los arqueólogos. En el espacio comprendido entre los pilotes, se hallaban mezclados piedras y carbones del hogar, osamentas de animales, vasijas de barro, hachas de distintas formas, útiles de todo género é innumerables objetos de la vida ordinaria: era la morada de los antiguos habitantes del país; el

asilo que habían logrado construir en medio de las aguas.

Semejante descubrimiento excitó un interés general, que se redobló cuando descubrimientos análogos hicieron ver que toda la Suiza estaba cubierta de tales moradas. Se encontraron veinte en el lago Bienné, veinticuatro en el de Génova, treinta y dos en el de Constanza, cuarenta y nueve en el de Neufchatel, y otras, aunque en menor número, en los lagos de Sempach, Morat, Mooseedorf y Pfœffikon.

El hecho de tales construcciones nada tiene de sorprendente, pues Herodoto (1) refiere que gracias á las levantadas (palafitos) (2) en medio de las aguas del lago Præsius, pudieron los Paonios resistir victoriosamente á los Persas de Megabyse; é Hipócrates (3) que las habitaciones de Phase, al pie del Cáucaso, se elevaban en medio de las aguas. Alonso de Ojeda, que en 1499 visitó las costas Norte de la América del Sur, vió en el fondo de un golfo una población formada por veinte grandes chozas en forma de campanas, construidas sobre pilotes, y le dió, en memoria de Venecia, el

(1) Lib. V, cap. XVI, trad. Larcher. París, Charpentier, 1855, t. I, pág. 397.

(2) De la palabra italiana *palafitti*, pilotes.

(3) *Tratado de los aires, lugares y aguas*, trad. Littré, tomo II, pág. 61.

nombre de Venezuela (1). En nuestros días se ven construcciones semejantes en las Celebes, Nueva Guinea, Mindanao, en la embocadura de las Amazonas y en la del Orinoco. El Mayor Burton las ha encontrado en Dahomey (2); el capitán Cameron en el lago Mohyria, en el centro de Africa (3), y el Obispo de Labuan nos dice que las casas de los Dayaks están construidas á las orillas de los ríos sobre plataformas elevadas.

Las estaciones más antiguas conocidas en Suiza, apenas se separan de las márgenes del lago, pues ni una sola dista más de ochenta y dos metros de la orilla. Poco á poco se aventura el hombre más; y mediante la solidez de las barcas, logra construir su morada en medio de las aguas, á trescientos metros de tierra, punto donde seguramente no hubieran osado penetrar sus antepasados. Los pilotes medían treinta centímetros de diámetro: no es posible formarse una idea del trabajo que supone cortar con miserables instrumentos de piedra árboles tan colosales, arrastrarlos hasta la orilla, aguzarlos por un extremo, clavarlos hasta encontrar tierra firme, y por último, disponerlos de modo que tengan igual altura. El

(1) *Gøring, Gartenlaube*, 1879, pág. 404.—Ernst., *die Goajero* (*Indianer Zeitschrift für Ethn*, 1870, pág. 328).

(2) *Mem. Anth. Soc. of London*, t. I, pág. 311.

(3) *Across Africa*, 1877, t. II, pág. 53.

número de pilotes aumentaba las dificultades: se ha calculado que habría más de cuarenta mil en Waugen y más de cien mil en Robenhausen. Sobre estos pilotes se apoyaban vigas, troncos y ramas entrelazadas hasta formar una plataforma sólida capaz de sostener muchas chozas.

Tales chozas eran de madera: en diversos puntos se han sacado de las aguas numerosos fragmentos de arcilla calcinada, debido á que la casa se había quemado, y la arcilla, endurecida por el fuego, había resistido la acción disolvente del agua. Estos fragmentos, lisos por un lado, presentaban por el otro señales de cañas, con las cuales debían de revestir lo interior de las casas. Algunas de estas señales están tan bien conservadas, que M. Troyon, fundándose en su curvatura, ha podido inferir que las chozas eran circulares y que tendrían de tres á cuatro metros y medio de diámetro. La superficie de estas poblaciones era á veces considerable; la de Morges no medía menos de mil doscientos piés de longitud por ciento cincuenta de anchura.

En la edad del bronce las habitaciones eran mayores y más sólidas, y servían, no sólo para los hombres, sino también para encerrar en ellas los rebaños (1). Ningún vestigio de dominación roma-

(1) Dr. Gross: *Los Proto-Helvecios*.

na se descubre en estas casas, por lo que es muy probable que daten del siglo VIII ó IX antes del Cristianismo. ¡Pero cuántos siglos habían transcurrido ya desde el momento en que pobres pescadores clavaron los primeros pilotes en los lagos de Helvecia!

Los objetos extraídos de las aguas suministran datos análogos: las estaciones más antiguas están caracterizadas por hachas pequeñas y poco pulimentadas, hechas siempre de piedra extranjera; por una alfarería tosca, rudimentaria y sin ornamentación. Más tarde se encuentran hachas mayores y bien trabajadas de jade, jadeita y cloromelanita, semejantes á las descubiertas en los dólmenes; la alfarería es más fina, más consistente y está cargada de ornatos. Hasta entonces desconocían los metales los moradores de los lagos: alguna que otra laminilla de cobre es el primer indicio que encontramos de su uso; el bronce se descubrió más tarde, y del hierro no había conocimiento alguno. Las hachas de piedra tenían mangos de asta de ciervo, y las vasijas asas: entre el mobiliario se encontraban también gargantillas para collares, arracadas, botones, agujas, puntas de flecha, generalmente triangulares y sin aletas, y peines de cuerno: abundan los aderezos, pues de todo se servían, hasta de los dientes de pequeños mamíferos. En esta época tejían ya los habitantes

de los lagos telas (1), aunque de trama muy ruda, y fabricaban aparatos de pesca, la cual debía abundar mucho á juzgar por los numerosos restos de peces que se han recogido.

Cuando se levantaban los *palafitos* en el seno de las aguas, ya hacía mucho tiempo que habían desaparecido los animales cuaternarios: el reno y el *ovibos* (género de rumiantes entre los que se cuenta al búfalo) se habían retirado hacia el extremo Norte; pero los reemplazaban el perro (2), el cerdo, la cabra, el carnero y muchas variedades de bueyes (3). El caballo apenas se encuentra: esta desaparición de los caballos, tan numerosos en las primeras edades, es inexplicable; y no obstante, la historia nos dice que fué general, pues la Biblia, que cuenta con tantos detalles la vida pastoril de los hebreos, habla por primera vez del caballo después de la salida de los Israelitas de Egipto, en cuya nación no se ven representados los caballos en ningún monumento anterior á

(1) Entre las plantas textiles sólo conocían los habitantes de los lagos una especie de lino de hoja estrecha que crece en la cuenca mediterránea.

(2) El perro, muy parecido á nuestros zarceros ó raposeros, era raro. (Cartailhac, *La Francia prehistórica*, pág. 135.)

(3) Los inmigrantes arios ó turanios enseñaron á domesticar los animales á los indígenas; pero es evidente también que tales animales vivían próximos á los trogloditas, aunque en el estado salvaje.

la XVII dinastía, y sólo 1700 años antes de nuestra era comienzan á usarse los carros de guerra (1).

Entre los animales son el ciervo y el buey los más frecuentes: en las estaciones más antiguas predomina el ciervo; en las más modernas, como por ejemplo, las de los lagos del Oeste, el buey: los animales salvajes disminuyen, y al contrario aumenta el número de los domésticos. El hombre, para alimentarse, no acude sólo á la caza y á la pesca; se consagra á la vida pastoril: los animales domésticos exigen una alimentación ordenada, sobre todo en invierno: por tanto, su presencia es indicio de que se dedicaban también al cultivo de la tierra (2).

Los hechos han venido á confirmar lo que la experiencia enseña: en diferentes estaciones lacustres se ha encontrado trigo, cebada, mijo, guisante y amapolá, y entre los frutos, la nuez, la avellana, la frambuesa, la cereza, la manzana y la pera. Algunas veces estaban los granos tostados, ligeramente quebrantados y conservados en grandes vasijas de barro: también se han recogido verdaderos panes de forma redonda, cocidos sin leva-

(1) S. Reinach, *Museo de San Germán*, pág. 70.

(2) "Todos los pueblos indo-europeos, á excepción de algunas tribus escitas acantonadas al Nordeste y que llegaron los últimos, eran agricultores., (D'Arbois de Jubainville, *l. c.*, pág. 44.)

dura y de un espesor de tres á cuatro centímetros. ¡Qué cambio desde los primeros tiempos en que fué habitada Europa! No se le puede conocer mejor que estudiando los lagos de Suiza. El progreso incesante es el rasgo característico del hombre y el que establece la distinción más notable entre él y los demás seres.

Las sepulturas de los primeros habitantes son bastante raras; hace algunos años, abriendo en Auvernier, cerca del lago de Neufchatel, los cimientos de una casa, descubrieron los trabajadores una formada por largas losas de granito, colocadas de plano y recubiertas por otras semejantes y de una espesa capa de tierra. Otras posteriormente descubiertas, que se remontan, como la de Auvernier, al fin de la época neolítica, han venido á confirmar las conjeturas. Encuéntranse en esas tumbas martillos de piedra, conchas perforadas, pedazos de ocre amarillo ó rojo, y fragmentos de cráneo humano transformados en amuletos (1). La incineración se presenta más tarde, y sólo se conocen algunos casos antes de la invasión romana.

No es sólo en Suiza donde se descubren antiguos *palafitos*; hállanse también en Austria, Hun-

(1) Keller, *Pfalbauten*, Zurich, 1875.—Desor, *Las sepulturas del lago de Neufchatel*.—Gorsse, *Paleontología suiza*.

gría, Baviera y la Carniola, erigidos con frecuencia en medio de lagunas inaccesibles. Estas construcciones señalan las etapas de los habitantes de los lagos en su marcha hacia el Oeste, y las colonias que fundaban durante sus largas peregrinaciones. Vense también poblaciones lacustres muy antiguas en Polonia, en la Marca y en Pomerania (1); nada sabemos que pueda enlazarlas con las de Helvecia, y quizá sólo fueran debidas al instinto natural del hombre, que busca siempre asilo seguro para su existencia. No sucede lo mismo con los palafitos de Italia y los del Este de Francia: es muy probable que colonias helvéticas transpusiesen los Alpes y levantasen en los lagos de Bourget y de Clairvaux, en Francia, en los de Varese, Mayor, Guardia y Pesquera, en Italia, las construcciones de su país. Tan apegados estaban estos pueblos á las costumbres de sus antepasados, que allí donde no había lagos los hacían (2), rodeándolos de muros y fosos para de-

(1) Virchow: *Congreso de antropólogos alemanes*. Constanza, 1877.—Köhn y Mehliis, *Materialen zur Vorgeschichte des Menschen in æstlichen Europa*. Jena, 1879.

(2) Conestabile: *Las antiguas inmigraciones en Italia*. Congreso de Bolonia, 1871.—Strobel y Pigorini: *Terramara nell' Emilia*.—Helbig: *Beiträge zur Altitalischen Kultur und Kund Geschichte*.—Castelfranco: *Atti della Soc. Italiana delle Scienze naturali*, t. XXI, y *Rev. d' anth.* 1889.

fenderse mejor, como se puede observar en Casti3n del Parmesado. Los *palafitos* de Italia son, sin duda, posteriores 3 los de Suiza; datan de los primeros tiempos de la edad de bronce; s3lo el de Varano, y esto es muy dudoso, puede creerse que se remonta 3 la 3poca neol3tica. Los objetos recogidos provienen de un pueblo que desconoc3a el uso del hierro y que s3lo empleaba el bronce en trozos rudamente fundidos, que no sab3a ni soldar ni reducir 3 planchas. Sus caba3as deb3an de ser como las de los Helvecios, de madera, y estar recubiertas de ca3as 3 de paja: no se encuentra en las *terramares*, nombre con que se las designa, vestigio alguno de construcci3n en ladrillo 3 piedra (1).

¿De qu3 raza proceden los habitantes de los lagos? Es la eterna 3 insoluble cuesti3n que siempre se plantea, y la dificultad es tanto mayor cuanto que no puede averiguarse si las diversas y continuas emigraciones comprend3an 3 pueblos 3 tribus enteras, 3 solamente 3 algunas familias aisladas. A primera vista parece que no es posible esta-

(1) Los habitantes italianos de los lagos pose3an el buey, la cabra y el carnero; se han encontrado tambi3n huesos de ciervo, corzo y jabal3. Los caballos abundaban m3s que en Suiza; se han descubierto dos variedades distintas, as3 como tambi3n se han hallado otras dos de perros.

blecer lazo ni relación alguna entre ellos y los constructores de los megalitos, porque éstos erigían monumentos de piedra sin labrar en honor de sus dioses ó de sus antepasados, y los habitantes de los lagos, atendiendo sólo á los peligros que les amenazaban, á los que por fin habían de sucumbir, no pensaban más que en defender sus moradas. Sin embargo, considerando despacio el asunto, se advierten ciertas semejanzas muy dignas de atención. Los dolménicos y lacustres se presentan en Europa hacia el fin de la edad de piedra; alcanzan sobre poco más ó menos el mismo grado de civilización; domestican los mismos animales y utilizan los mismos metales; unos y otros usan hachas de jadeíta ó cloromelanita, cuyos yacimientos conocidos sólo existían en Asia. Civilización tan semejante ¿no es, por ventura, indicio de un origen común? Y las diferencias que entre ellos descubrimos ¿no provienen en su mayor parte de la falta de conocimientos y datos en todo lo referente á las razas prehistóricas? Tal es mi convicción; por lo que no dudo relacionar á los habitantes de los lagos con las razas asiáticas, con la gran familia aria y probablemente con la rama pelásgica de esta familia (1).

(1) D'Arbois de Jubainville (l. c., p. 74 y siguientes) sostiene que los Pelasgos provienen del Asia Menor, lo cual no se opone á nuestra teoría; pero añade luego que

Entre los habitantes de los lagos, como entre los celtas, los metales han ido reemplazando poco á poco á la piedra. Vense primero algunas laminillas y hachas de cobre rudamente fundidas; preséntase luego el bronce (1); y el hierro, cuya reducción ofrece mayores dificultades, aparece el último. La introducción de los metales ¿es, por ventura, debida á los inmigrantes poseedores de nuevos conocimientos y artes nuevas? No lo creo: los metales han ido penetrando sucesivamente en las diversas razas que poblaban á Europa, no por grandes corrientes, sino por filtración lenta, si se me permite la expresión. En todo tiempo, las tribus errantes por los vastos desiertos de nuestro continente han conservado con ellas relaciones de cambio, como lo atestiguan numerosos objetos de distinta procedencia encontrados en las excavaciones; tal fué el modo de propagarse el uso de los

son extraños á la raza indo-europea. De todos modos, siempre resulta que pueblos de origen ario les han enseñado á cultivar la tierra.

(1) Según los sabios ingleses más competentes, exportaban los Fenicios el estaño de la Gran Bretaña desde el siglo quince antes de nuestra era. Los Egipcios conocieron antes de esa época el bronce, habiendo precedido á éste la edad de cobre, como lo demuestra el cetro de Pepi I de la VI dinastía, el cual, según el análisis poco ha hecho, era de cobre puro. En todo lo concerniente á la introducción del bronce en Europa, cuestión que no podemos tratar aquí, deben consultarse los magníficos trabajos de M. Chantre.

metales en Europa. El bronce pudo ser traído por esos fundidores nómadas que á cada paso menciona la historia, los cuales recorrían los distintos países con su tradicional secreto (1), debiéndose el hierro á los Chalybes, cuyo importante papel en la historia de la metalurgia está puesto fuera de duda (2).

Nuestra generación ha visto los primeros ensayos de vías férreas, ensayos tímidos é inciertos en un principio, más atrevidos y rápidos luego, y por fin, estamos presenciando el triunfo del progreso y la nueva generación que están creando. Es imprudente, sin duda, comparar las maravillas de nuestra industria con los rudimentarios ensayos de nuestros pobres antepasados; pero lo que no ha variado nunca en el trascurso de los siglos, ni lo que probablemente variará mientras el hombre exista, es una cosa, el genio creador, de donde nace esa notable facilidad de asimilación: se le encuentra entre nuestros antepasados, aun los más remotos, y se le encontrará lo mismo entre nues-

(1) Todo el mundo conoce á los Siginios, Zíngaros, Gitanos, Bohemios, Zíganos y Gipsos, con cuyos nombres se designa una raza que ningún lazo de unión tiene con las distintas que han poblado á Europa.

(2) D'Arbois de Jubainville (l. c. pág. 246), recuerda que Esquilo en los *Siete contra Tebas* y en *Prometeo encadenado* da al hierro el nombre de *Chalybe*, y Eurípides dice que los Chalybes transformaron el hierro en acero.

tros descendientes. Los trogloditas, por incivilizados que se los suponga, comprendieron luego las ventajas de los metales, y su empleo se extendió de tribu en tribu y de pueblo en pueblo más pronto que lo que pudiera creerse.

No he querido apoyarme en los caracteres de las osamentas humanas recogidas; lo he dicho y lo he de repetir aquí: los cráneos y huesos encontrados en la misma sepultura y que parecen ser de la misma época, (1) presentan casi siempre caracteres muy distintos, lo cual comprueba la fusión de razas desde la más remota antigüedad; por tanto, dada esa diversidad, no puede deducirse de ellos ninguna conclusión científica.

(1) "Dolicocéfalos y braquicéfalos distintos y tipos cruzados se presentan confundidos en una multitud de puntos; en ninguna clase de monumentos se halla una raza especial." (Cartailhac, *Francia prehistórica*, pág. 331.)





III

HEMOS citado muchas veces á los Arios en el curso de este estudio; llegó ya el momento de decir quién es esa raza que papel tan importante ha desempeñado en la población de Europa y en la historia de la primitiva civilización.

Siglos innumerables han transcurrido desde que nuestros antepasados se reunieron en Asia. Esos pueblos, dedicados al pastoreo y divididos en tribus, se denominaban Arios (1), hablaban el mismo idioma, tenían entre sí relaciones muy estrechas y ocupaban una gran extensión, necesaria para sus rebaños, que constituían su principal

(1) La denominación étnica *Arya*, significa noble. (O. Beauregard, *Bolet. de la Sociéd. antrop.*, 20 de Nov. de 1884). Otros filólogos la traducen por *excelente*. D'Arbois de Jubainville por *fiel, consagrado*; lo indudable es que responde á una idea de preeminencia.

riqueza (1). Desde el momento en que conocemos su existencia, observamos que se dividen en dos grandes ramas: unos se dirigen hacia la India, atravesando el Himalaya y llegando hasta Pundjab; otros llegan á Persia y al Asia menor y desde allí penetran en Europa por los distintos caminos que encuentran expeditos (2).

A las investigaciones lingüísticas y procedimientos analíticos, deducidos de las ciencias exactas, se debe el que hayamos podido encontrar el origen de esos pueblos, seguirlos en sus emigra-

(1) P. Van den Gheyn, *la Cuna de los Arios*.—*Nuevas investigaciones sobre el origen de los Arios*.—*Origen étnico de los pueblos europeos*.—*Emigraciones de los Arios*.—He hecho frecuentes extractos de trabajos tan notables. El número de los que se han ocupado en todo lo referente á los Arios, es demasiado crecido para poder siquiera citar sus nombres; mencionaré tan sólo un excelente estudio de mi colega en la Sociedad de Antropología, M. Piétrement, *los Arios y su primera patria*, inserto en la *Revista de lingüística y filología comparadas*. Abril de 1879.

(2) Las estepas del Turquestán, quizá ya ocupadas por los Turanios, sirvieron de línea divisoria entre los dos nuevos pueblos. Uno de ellos habitó las pendientes del Ural, y le llamaremos en adelante Europeo, porque iba á comenzar la conquista de Europa. El otro tuvo por primera morada las pendientes septentrionales del Hindu-Kush; luego, sin desocupar dichas pendientes, descendió hacia el Mediodía del Hindu-Kush y alrededores de Cabul y se propagó por la misma latitud hasta las costas meridionales del mar Caspio. (D'Arbois de Jubainville, l. c., pág. 214).

ciones y conocer su vida y sus adelantos. La filología ha comprobado entre las lenguas indo-europeas un parentesco que no es posible desconocer. De la lengua aria han brotado, como de fecunda cepa, el sánscrito, el zend, el griego, el latín, el teutónico, el lituano y el eslavo; y Adolfo de Pictet (1), ha podido decir con razón que las palabras que se encuentran á la vez en el sánscrito, lengua sagrada de la India, en el zend, antiguo idioma de Persia y en las lenguas de Europa, sin haber cambiado sensiblemente de forma ó significación, indican el estado social de los Arios antes de abandonar su primitiva patria para establecerse en distintas regiones.

Su primitiva patria fué probablemente el Asia. Se ha discutido mucho y se discutirá sin duda más aún, acerca del punto preciso en que debe colocarse. Unos, con Anquetil-Duperron, dicen que es la Georgia; otros, con Rhode, la Armenia; aquéllos, con Piétrement, la Siberia, ó más bien la Bukaria y las vastas estepas del Turquestán, y éstos la llanura de Pamir ó la Bactriana. Estas últimas regiones tienen mayores probabilidades, y vamos á resumir brevemente las razones que en su favor se alegan.

Por el Pamir, *techo del mundo*, como le deno-

(1) *Los Arios primitivos ó los orígenes indo-europeos.*

minan los indígenas, están sabios muy ilustres, como Alejandro Humboldt, Lassen, Obry y Wilson, y al presente Lenormant y Renan. Uno de los hombres que más honran la ciencia francesa, M. de Quatrefages, demuestra que los tres tipos fundamentales de la humanidad se hallan agrupados alrededor de ese macizo montuoso del Asia central, y que las formas fundamentales del lenguaje se encuentran también en las mismas regiones. He aquí, por fin, cómo se expresa un indianista eminente, M. Monier Williams (1): “La patria de los Iranos-Arios se encuentra en una de las regiones del Asia central, probablemente en las altas llanuras situadas al Norte del Hindukusch, que se designa con el nombre de Llanura de Pamir. Este lugar fué la primitiva morada de todas las razas arias de Asia y Europa.” Añadamos que se encuentra aún allí una tribu que lleva el nombre de *Arini* (2); su idioma es, en gran parte, el de los Arios (3), y M. Ujfalvy, uno de los

(1) *The Religion of Zoroaster*. (*Nineteenth Century*, Enero de 1881).

(2) ¿Son, por ventura, estos Arini los O-li-ni de que habla el peregrino budista Hiouen-Thsang? Según las reglas establecidas por Max Müller, el *a* sánscrito se convierte en *e* en escritura china y la *r* líquida en *l*. (*Chinesische Übersetzungen von Sanskrit Texten*, citado por Van den Gheyn, la *Cuna de los Arios*, pág. 38).

(3) Esta lengua no se deriva del sánscrito y es seguramente más antigua. (*Indo-European Correspondence of Calcuta*).

más modernos viajeros que han recorrido esa parte del Asia, ha observado en esos pueblos, dedicados al pastoreo, caracteres antropológicos y usos religiosos ó sociales que permiten clasificarlos entre la gran familia Aria. Por último, las tradiciones de los primeros pueblos de la India comprueban la importancia atribuida al Pamir en los mitos orientales (1).

Tales autoridades son, sin duda alguna, de gran peso: pero ¿cómo se ha de suponer que una raza numerosa se desarrolle con vigor, desconocido en nuestros días, en un país de los más fríos del globo, cubierto de nieve durante seis meses, y que no presenta en toda su superficie más que el espectáculo de la desolación y de la muerte? Todos los viajeros que han visitado á Pamir, están contestes en afirmar esto: Marco Polo, uno de los más antiguos, dice que faltan los pastos, que huyen de allí los animales y que no es posible que los árboles crezcan. El peregrino budista Hiouen-Thsang, que le visitó en el siglo tercero de nues-

(1) Nada, sin embargo, hay en esos mitos ó fábulas, que nos obligue á hacer de Pamir la primitiva morada de la humanidad. M. J. Muir, en el vasto campo de las literaturas védica y brahmánica, sólo ha podido encontrar cinco pasajes relativos á la primitiva patria de los Arios en la India, y aun se necesita no pequeña dosis de buena voluntad para aceptarlos. (*Original Sanskrit Texte ou the Origin and History of the People of India*).

tra era, había indicado ya su aspecto sombrío y triste. “Todo este país, dice, no presenta más que una espantosa soledad, en la que no se encuentra vestigio alguno humano.” No se ve allí más que algunas miserables plantas cuyos frutos no llegan nunca á sazón (1). Los *Panditos* ó doctores de la secta de Brahma, puestos al servicio del gobierno indio, confirman estas aseercciones: uno de ellos, Abdul-Medjid, tardó catorce días en atravesar el Pamir, siendo penosísimas sus marchas, y observó que faltaban con frecuencia pastos y hasta agua potable. Otro Pandito, asociado á la exploración de sir Douglas Forsyth, dice también: “No se ve allí ningún arbusto, poca yerba, excepto en el verano, y muy pocos pájaros.” El combustible es tan raro, que el mayor Biddulph tuvo que llevar consigo el que necesitaba. El nombre mismo de Pamir incluye para los indígenas la idea de frío, y para completar tan negro cuadro, diremos, que es tal á veces el enrarecimiento del aire, que se hace difícil la respiración, tanto para los hombres como para los animales, y que los mismos Kirghis, que allí habitan, se ven precisados á bajar á los valles durante el invierno. Repitémoslo: no es seguramente semejante lugar á propósito

(1) Su obra intitulada: *Si-ru-ki, Descripción de los países de Occidente*, ha sido publicada en 1838. Le dieron á conocer en el mundo sabio Abel Rémusat y Klaproth.

para que una gran raza humana se forme, se multiplique y alcance un grado de civilización relativamente considerable.

M. d'Arbois de Jubainville (1) se inclina á la tesis de Rhode: "La morada más antigua de la raza indo-europea, dice, parece debió de estar al Norte de Persia y del moderno Afghanistan, en la cuenca del Yaxarte y del Oxus. Pictet indicaba ya una solución semejante al colocar la primitiva patria de los Ariosen la Bactriana, y el P. Van den Gheyn la ensanchó y completó diciendo, que los Arios debían ocupar una zona bastante extensa, el centro de la cual era la Bactriana (2).

Esta región encaja mejor que ninguna otra en lo que se ha dado en llamar *paleontología lingüística*, en las condiciones orográficas, hidrográficas y antropológicas, que de ella conocemos; porque el país es frío, abunda en él la nieve y el hielo, el invierno es largo y el verano corto, sin que por esto sea comparable su clima con el excepcional de mir. Las plantas alimenticias, sin predecesoras

(1) L. c. pág. 201.

(2) En el *Diario de los sabios*, Enero de 1878, ha fijado con toda claridad Barthelemy Saint-Hilaire la posición de este país. La Bactriana de los antiguos corresponde al reino afgano de Cabul, es decir, á esa parte de Irán que está al nordeste de Persia y que confina con la llanura de Pamir, la Paropamisada de los geógrafos griegos, y con el río Amou-Daria, el Oxus de los antiguos.

conocidas en Europa, y los metales que allí se encuentran, son precisamente los que señala el vocabulario ario; se cría allí el pino, el haya, la encina, el abedul, el tilo y el tejo, lo cual indica una temperatura media. No viven allí las grandes fieras, pero en cambio se encuentran hoy mismo nuestros animales domésticos en estado salvaje. Es, por tanto, la conclusión del P. Van den Gheyn la más aceptable entre todas las propuestas hasta ahora; haciendo, no obstante, la importante advertencia de que ningún documento, historia ó tradición tenemos de los tiempos que precedieron á las emigraciones arias, por lo cual es de todo punto imposible un convencimiento absoluto. Esta reserva tan prudente no debieran olvidarla nunca los que se dedican al estudio de la prehistoria.

El estudio de las palabras (1) que al parecer se remontan á los primitivos tiempos, no sólo nos ha conducido á la indagación del lugar de origen de los Arios, sino que también nos ha proporcionado preciosos datos acerca de su estado social y grado de cultura á que llegaron antes de separarse. Apo-

(1) El número de estas palabras es por precisión limitado, pues sabido es con qué facilidad se transforman las palabras bajo la acción de circunstancias y medios nuevos. Wharton, analizando el diccionario griego, ha deducido que de 2740 palabras que pueden pertenecer al idioma primitivo, sólo 1500 se relacionan con la lengua indo-europea, pudiendo ser las otras de origen semítico.

yándose en estos datos nos presenta D'Arbois de Jubainville (1) una civilización que sorprende y hasta casi justifica el entusiasmo de Pictet. La familia estaba fundada en la obediencia y respeto casi exagerado al jefe; el poder paternal era su base esencial, y la mujer, unida á su marido por un matrimonio racional (2), compartía con el padre ese poder. Existía la propiedad, se reprimían y castigaban los crímenes, siendo sanción de esta ley la reparación debida á la familia de la víctima. Los Arios utilizaban los animales domésticos: construían carros con ruedas, á los cuales unían caballos y aun quizá bueyes; la equitación era un arte desconocido; pero advirtamos que sucedió lo mismo en tiempos muy posteriores, pues los héroes de Homero combatían á pie ó en carros, mas nunca se lee que montaron á caballo. Además del buey y del caballo utilizaban los Arios el carnero, la cabra y el perro (3), y de las aves el pato y quizá el ánade. Carne, leche y miel eran sus principales alimentos: cocían la carne y no la comían cruda, como hacen hoy mismo tantos salvajes; cultivaban la tierra, pero la agricultura se hallaba en estado

(1) L. c., pág. 201 y siguientes. V. también á Pictet, l. c.

(2) Pictet creía que entre los Arios existía la monogamia. (L. c., t. II, pág. 331 y 397).

(3) El nombre del perro, en los idiomas arios, puede traducirse por *fuerte, útil*.

rudimentario, pues los términos que á ella se refieren son pocos, y la rama europea de la gran familia era la destinada de un modo particular á desarrollarla. Molían por medio de pilones ciertos frutos duros, quizá granos de trigo, con la harina de los cuales hacían una especie de galleta ó pan, que completaba su alimentación, según se practicaba, como ya hemos dicho, en otros pueblos primitivos. Hilaban y tejían la lana de sus rebaños, y el cáñamo (1) que espontáneamente se daba en sus campos, y con esas telas fabricaban sus vestidos (2). Con civilización tan adelantada, inútil nos parece decir que los Arios, al separarse definitivamente del tronco común, no eran ya nómadas errantes, si por ventura lo fueron en algún tiempo, ni iban en busca de mejores pastos. Construían casas, tal vez de madera (3), las cuales, agrupadas

(1) De Candolle dice que el cáñamo (*cannabis sativa*) crecía al Sur del mar Caspio, en las estepas de Kirghis y en las orillas del lago Baikal. Los términos antiguos con que se le nombra provienen del griego.

(2) La urdimbre era burda; y de los distintos términos con que en las lenguas arias se designa el tejido, resulta que en los primeros tiempos se diferenciaba poco esta industria de la del cordelero. Se la encuentra en los *palafitos* suizos, aun en aquellos que se remontan á la edad de piedra, en las *terramares* del valle del Po, en medio de las ruinas de Hissarlik. (Schrader. *Lingüistisch-historische Forschungen zur Handelsgeschichte und Warenkunde*. Jena, 1886).

(3) A la casa se la llama en sánscrito *damá-s*, en griego

alrededor de un centro común, formaban pueblos y aun ciudades, que aquellos hombres valerosos y enérgicos fortificaban con frecuencia y defendían con ardor. Sus armas eran la espada, el hacha, las flechas y el arco, para tender el cual se valían de nervios de animales. Los muchos términos encontrados en el diccionario ario relativos á la navegación, hacen creer que sabían construir barcos y dirigirlos por medio de remos; era ya un arte antiguo y probablemente le conocieron los trogloditas desde los tiempos más remotos.

Las tribus arias, dice Max Müller (1), conocían el oro, la plata y el cobre en estado más ó menos puro, y aunque este hecho ha sido y es aún rudamente combatido, no hay duda de que las pruebas alegadas por el sabio profesor son serias. El nombre del oro es el mismo en sánscrito, en griego y en los idiomas teutónicos ó eslavos; el de la plata, en el sánscrito, griego y sus derivados, y el del cobre se encuentra en el sánscrito, latino y alemán. Al contrario, el hierro tiene distinto nombre en los

दो,रो-स, en latín *domu-s* y en eslavo *domu*. Es imposible reproducir aquí las curiosas investigaciones en que se apoyan los hechos que resumimos; nos contentamos con remitir al lector al excelente libro de M. d'Arbois de Jubainville y á las fuentes que él indica con la exactitud que acostumbra.

(1) (*Nouvelles leçons sur la science du langage*, traducción francesa, París, 1867, t. I, pág. 297).

principales representantes de la gran familia aria; por lo que es racional deducir que este metal, el más útil de todos, fué usado después de la dispersión de los arios, al formarse ramas distintas procedentes de un tronco común.

Si es cierto que los arios utilizaban el cobre, parece probable, como dice D'Arbois de Jubainville, que conociesen también el bronce (1) y que fuesen los primeros que alearon el cobre con el estaño. El sabio miembro del Instituto nos dice también que carecían de término especial aplicable á la fabricación de armas ó utensilios de piedra. ¿Podemos deducir de aquí que la piedra, arma é instrumento único, por largo tiempo, del troglodita, había caído en desuso y que el metal estaba ya generalizado?

Para terminar cuanto se relaciona con la vida material de los arios, diremos que conocían un sistema de numeración decimal, que llegaba hasta las centenas, y que dividían el año en tres estaciones, primavera, verano é invierno, y en meses, cuya duración debfa de ser igual á la revolución lunar, pues la misma palabra sirve para indicar el mes y la luna.

Pictet opina que si la religión de los arios, en

(1) El sánscrito, el zend, el latín, el gótico y el celta, usan palabras de origen común para designar el bronce.

su última evolución, se había transformado en un politeísmo poético, en la divinización de la naturaleza, tenía al principio carácter más elevado, y cree que en el nombre dado á la divinidad se encuentran indicios de cierto monoteísmo, quizá poco exacto, pero no por eso menos real, opinión que también sostiene Max Müller (1). Según él, nuestros antepasados, antes de dispersarse, adoraban á un Dios supremo, cuyo nombre, como el de Jehová, era superior á todos los demás, y al cual, en las súplicas que le dirigían, daban el nombre de padre (2); dependientes de este Dios supremo, admitían dioses inferiores y espíritus buenos ó malos, que influían de algún modo en las acciones de los hombres. Creían también en ese grande y fecundo principio, tan debilitado entre los griegos y romanos de la época clásica, en la inmortalidad del alma (3).

Otros, por el contrario, opinan que el panteís-

(1) El eminente profesor de Oxford manifiesta el mismo entusiasmo que Pictet. "Desconocieron los lazos de la sangre y sancionaron los del matrimonio. Invocaban al dador de la luz y de la vida con el mismo nombre con que se le invoca aún en los templos de Benarés, en las basílicas de Roma y en nuestras propias iglesias y catedrales.", (V. también *Biographies of words and the Home of the Aryans* del mismo).

(2) *Dyáus pítar*, en griego *Ζεὺς πᾶτερ*, en latín *Jupiter*.

(3) *D'Arbois de Jubainville*, l. c., pág. 280.

mo era la única forma religiosa de los arios (1), y á su parecer, lo demuestra hasta la evidencia la comparación de las divinidades védicas con las de otros pueblos arios. Existían entre los arios, antes de separarse, ciertos ritos, altar, fuego é invocación; pero nada hay en esos ritos, ni en los hechos históricos conocidos, ni en lo que sabemos de la mitología de pueblos procedentes de ellos, que autorice la creencia de que llegasen á formarse idea de un solo Dios criador.

En vista de tales divergencias, la conclusión es difícil; tenemos siempre delante la pavorosa esfinge de lo desconocido, cuyo misterioso velo en vano intenta desgarrar la ciencia. Lo que sabemos con certeza es que el monoteísmo y el dogma de la creación son de origen semítico (2) y que

(1) M. A. Réville, por ejemplo, cree que la palabra *Deva*, nombre el más antiguo de Dios en las lenguas arias, no era más que un fenómeno natural personificado.

(2) El origen de esos dogmas, ni es semítico, ni ario, ni propiedad exclusiva de ningún pueblo: es puramente humano; pues el primer hombre, criado á imagen y semejanza de Dios, recibió en su creación conocimiento exacto de esas y otras muchas verdades, como patrimonio que había de legar á sus descendientes. El que éstos, con el transcurso del tiempo, alteraran ese conocimiento y exclusivamente se conservara puro é íntegro en el pueblo hebreo, no autoriza para afirmar que en él tuvo origen, sino tan sólo que fué su constante defensor. Y hecha esta salvedad, que juzgamos necesaria, no porque dudemos de la pureza de doctrina del autor, cuyos sentimientos

los semitas los han conservado siempre, hasta que el Cristianismo los ha propagado por todo el mundo como fuentes de luz y de vida.

Y no es esta la única dificultad: las dudas acosan incesantemente á nuestro espíritu; lo que parece contar con mayores probabilidades, es generalmente rechazado; y al primer momento de entusiasmo que suscitó el descubrimiento de parentesco entre las lenguas indo-europeas, sucedieron numerosas objeciones. Para Schrader (1), por ejemplo, las semejanzas que han de servir de base á las teorías de Pictet, son de ordinario meras casualidades. Es imposible establecer orden de afinidad entre los distintos idiomas arios, cronología en el uso de los términos y relación con el tipo

católicos nos son bien conocidos, sino para evitar que se interpreten maliciosamente sus palabras, hemos de advertir también que no debiera sorprendernos el que los primitivos Arios conservaran intacta la doctrina de un solo Dios, criador de cuanto existe. Más próximos que sus descendientes á las tradiciones del paraíso, centro único hacia el cual todas las razas convergen y en el que por precisión vienen á encontrarse, pues sean las que quieran las diferencias de raza, la afirmación del Génesis de que todos los hombres proceden de una sola pareja, ha sido, es y será siempre incontrastable, no habían degenerado hasta el punto de desconocer una de las verdades más comunes en las primeras generaciones humanas.

(N. del T).

(1) *Sprachvergleichung und Urgeschichte*. Jena, 1883.

primitivo y la significación primordial (1). No lo negamos; pero de que nuestros estudios sean forzosamente incompletos, ¿puede deducirse que carezcan de fundamento? De que algunos puntos queden oscuros, ¿ha de afirmarse que nada se prueba?

Otras objeciones parecen más serias: en las excavaciones de dólmenes y estaciones lacustres más antiguas no se ha encontrado objeto alguno de metal; de donde se deduce que los constructores de esos dólmenes y los habitantes de esas moradas desconocían la metalurgia, y sin embargo, acabamos de decir que los arios, por lo menos algunos de ellos, usaban los metales. Preciso es, por tanto, admitir, ó que el uso de los metales se desarrolló lenta y gradualmente entre ellos, y que los primeros Celtas y Pelasgos, si es que podemos darlos tales nombres, se alejaron de la patria aria antes de generalizarse ese uso, ó lo que me parece imposible, que esos primeros inmigrantes no pertenecían á las grandes razas asiáticas, cuyo parentesco y afinidad no admite duda.

La antropología interviene á su vez con datos

(1) Se dan numerosos ejemplos; hé aquí uno: *Bogu*, uno de los nombres de la divinidad entre los Eslavos, se encuentra en el eranio *bagha*, y en el sánscrito *bhága*; pero no se le halla ni en el griego, ni en el latín, ni en sus derivados.



completamente contradictorios. Desde el principio de las inmigraciones arias descubrimos dos razas enteramente distintas: los representantes de la una son dolicocefalos, altos, rubios, de ojos azules y de tez blanca; los de la otra son pequeños, braquicefalos, de ojos negros y de tez morena. Los antropólogos consideran generalmente á los últimos como á los verdaderos arios; pero Quatrefages, con la respetable autoridad que tiene, nos dice que el tipo dolicocefalo rubio constituye tipo ario, mientras Topinard coloca en la Europa central la cuna de las razas rubias antes de la venida de los arios. Me adheriría de buen grado á ese parecer, el cual tiene la ventaja de justificar la nueva teoría de que la cuna de los arios fué Europa, si los viajeros no hubiesen encontrado rubios con ojos azules, cruzados con morenos del Turkestán y Afghánistán, habiéndolos hallado principalmente entre los Galtchas y los Tadjiks, á quienes se considera como descendientes de los arios que quedaron en su primitiva patria (1). En medio de la confusión

(1) *Boletín de la Sociedad Antropológica*; 1879, pág. 185; 1884, página 243.—Héctor era moreno y Paris rubio; sin embargo, uno y otro eran hijos de unos mismos padres. Homero nos habla de hombres de cabellos negros y de hombres de cabellos rubios, tanto entre los griegos que asediaban á Troya, como entre los asiáticos que la defendían. (Piétrement, *Boletín de la Sociedad Antropológica*; 1879, página 193).

en que nos encontramos, no es posible determinar un tipo, con exclusión de los otros, como característico de la raza primitiva (1). Se puede afirmar que, en época lejana, formaban los arios un grupo, que vivía en las mismas condiciones climatológicas y tenía la misma civilización rudimentaria; pero, ¿con qué derecho se añade que todos presentaban idénticos caracteres fisiológicos (2)?

Hasta estos últimos años no se había puesto en duda la procedencia asiática de los Arios; pero no sucede hoy lo mismo: en Europa, se nos dice, ha de colocarse su primitiva patria; de Europa han salido para colonizar el Asia. Después de los trabajos de Omalius-d'Halloy (3), de Benfey (4), de Schrader (5), de Poesche (6), de Tomaschek (7), de

(1) Con razón dice Wirchow: "¿Quién nos demuestra que todos los arios eran dolicocefalos, rubios, de ojos azules y tez blanca?", (*Die Urbevölkerung Europas*, pág. 33).

(2) S. Reinach, *Revista Crítica*, 20 de Junio de 1887.

(3) *Boletín de la Sociedad Antropológica*, 1864, página 187.

(4) *Vorwort zu dem Wörterbuch der indo-germanischen Grundsprachen von Fick*.

(5) *Sprachvergleichung und Urgeschichte*, Jena, 1883.

(6) *Die Arier, ein Beitrag zur historischen Anthropologie*, 1878.

(7) *Ausland*, 3 de Septiembre de 1883.—*Congreso de orientalistas*. Leyde, 1883.

Penka (1) y de Rendal (2), á los que muchos sabios y particularmente el venerable profesor Sayce (3) se han adherido en estos últimos tiempos, no es posible dejar de hablar de esta nueva teoría, menos infundada, sin duda, que la que sostiene que los civilizadores de Europa procedían de América. Verdad es que sus defensores no están aún de acuerdo acerca del punto de Europa en que ha de colocarse la cuna de los Arios, pues unos dicen que al Norte del Mar Negro, en la región que se extiende desde la embocadura del Danubio hasta el mar Caspio; otros en los orígenes del Dnieper, en la Escandinavia ó en la Finlandia, y no faltan algunos que deslumbrados por la nueva grandeza de Alemania, pretenden colocar la cuna de los Arios en las regiones centrales de la Germania. No hemos de entrar en pormenores acerca de esta discusión, la cual nos alejaría mucho de nuestro

(1) *Origines ariacæ*, Viena u. Teschen, 1883.—*Die Herkunft der Arier*, Viena, 1887.

(2) *The cradle of the Aryans*, Londón, 1889.

(3) M. Sayce, presidente de la sección de antropología, en una de las sesiones de la Asociación británica, reunida en 1887, decía: "Diferentes investigaciones han producido el mismo resultado, el de designar el Nordeste de Europa como punto de expansión de las lenguas indoeuropeas, mientras que las pruebas invocadas en favor de su origen asiático han sido completamente rechazadas." (V. también á Horacio Hale, *The Aryans in science and in History*).

asunto: nos contentaremos con tratar la nueva hipótesis de una manera general (1).

M. d'Arbois de Jubainville resume en pocas palabras la cuestión (2): "Se ha supuesto recientemente, dice, que Europa podía haber sido la cuna de la raza indo-europea; pero la superioridad que caracterizó á la civilización indo-europea desde su aparición en la historia, superioridad que aseguró su dominio, sobre todas las demás civilizaciones de Europa, no se explica sin contacto antecedente con los imperios de Asia, tan grandes por sus artes de la paz y de la guerra.„ En efecto, ¿cómo suponer, diré yo á mi vez, que hace cinco ó seis mil años ó más quizá, cuando muchos trogloditas estaban sumidos en la más completa barbarie, hordas de éstos hayan podido importar en Asia artes, conocimientos y una civilización que no tenían? La existencia del sánscrito se remonta cuando menos á dos mil años antes de nuestra Era: ¿podemos suponer que el pueblo que desde esta época hablaba en las riberas del Indo una lengua aria, la importara de Escandinavia, de Finlandia ó quizá de Alemania?

(1) Remitimos á los lectores deseosos de profundizar esta cuestión al sabio trabajo del P. Van den Gheyn, *El origen europeo de los Arios*, presentado al Congreso católico celebrado en París en 1888.

(2) L. c., pág. 201.

Propónesenos luego uno de los argumentos favoritos de la nueva escuela, á saber: que los idiomas de Europa, como por ejemplo, el lituano y el céltico, tienen más relaciones con el primitivo de los indo-europeos que con el sánscrito. Admitiendo que el hecho sea verdadero, lo cual es harto dudoso, el P. Van den Gheyn (1) le contesta admirablemente. Ciertas formas arcaicas de la lengua inglesa, dice, se conservan mejor en Irlanda y en la América del Norte que en la Gran Bretaña, mejor aún que en su primitiva patria la Germania: con tales fundamentos, ¿colocaría algún filólogo la cuna de la lengua inglesa en los Estados Unidos? Esto es, sin embargo, lo que ciertos sabios nos piden para la lengua aria.

Se presenta á la patria de los Arios como un país frío, por razón de encontrarse en los idiomas que del ario provienen muchas palabras con que se designa el invierno, el frío ó hielo, siendo de admirar el que falten las palabras que designen á las grandes fieras, y al contrario, que se encuentren las de pino y abedul. Pero ya lo hemos dicho: ciertos valles de Asia, visitados por M. d'Ujfalvy, principalmente los de la Bactriana, concuerdan perfectamente con estos datos lingüísticos. La respuesta es perentoria: pero ¿era, por ventura,

(1) *Congreso científico católico*, tomo II, pág. 726.

necesaria? Preciso es no echar en olvido los millares de años que nos separan de las emigraciones arias, las diferencias físicas, sociales, climatéricas y geográficas que distinguen á las regiones en que ellos entraban de las en que habían vivido hasta entonces. Tales diferencias debían conducir naturalmente á los hombres á crear palabras nuevas que respondiesen á las necesidades y hábitos nuevos, y á abandonar aquellas que desde entonces les eran inútiles. Tal es la historia de la formación de todas las lenguas é idiomas, cuya historia nos es conocida; y si en ello hay algún objeto de admiración, no lo es seguramente el que falte tal ó cual palabra, sino más bien el considerable número de ellas que aún se conserva y cuyo origen no parece dudoso.

Hay otra observación importante que jamás debe perderse de vista: la de que no es deducción lógica el afirmar que individuos que hablen el mismo idioma pertenezcan por eso al mismo grupo étnico. ¿Emigraron de Italia los Galos, los Visogodos de España, los Lusitanos y los Dacios, todos los cuales hablaban latín? De ningún modo: la conquista y una civilización superior importaron en su propio país esa nueva lengua (1). Lo mismo podemos decir en nuestros días, presentando, entre

(1) Van den Gheyn, l. c., pág. 739 y en otras partes.

otros muchos ejemplos, á la lengua inglesa, que ha llegado á ser lengua nacional de los irlandeses.

En resumen: ninguno de los argumentos propuestos por la nueva escuela demuestran científicamente que los Arios sean originarios de Europa; pero añadamos también con el P. Van den Gheyn, cuyas discusiones son modelo de precisión, que no es menos difícil demostrar que su cuna haya sido el Asia. Para adquirir certeza sería preciso conocer no solamente que en los dos grupos indo-eranio y europeo faltan palabras que designan animales ú objetos que no se encuentran en el continente asiático, lo cual en rigor es posible, sino también que los términos comunes á las lenguas arias sólo y exclusivamente designan objetos propios de Asia, y en esto es actualmente imposible una demostración seria. Somos de los que rechazan, en el estado actual de la ciencia, la hipótesis del origen europeo de los Arios: creemos que todas las pruebas, conviniendo en esto las tradiciones más antiguas de los pueblos, señalan al Asia como á su patria primitiva; pero forzoso nos es añadir que faltan pruebas ciertas. ¿Sucederá siempre lo mismo? No lo creemos: el estudio más profundo de las lenguas uralo-altáicas y la comparación con las arias proporcionarán seguramente nuevos datos. Antes de las inmigraciones de los

Arios ocupaban los Turanios una región considerable de Finlandia, y en el estrecho de Behring eran limítrofes las dos razas, viviendo casi tocándose más allá del Yasarte y del lago Aral, en el centro del Asia. Las relaciones entre esos pueblos deben de haber sido muchas, y el estudio de esas relaciones no ha de ser infructuoso (1); y para manifestar todo mi pensamiento, diré que mediante él se demostrará la afinidad entre esas dos razas, á las cuales es ya tan difícil distinguir, si no se tienen presentes las divisiones arbitrarias creadas por la ciencia.

En cuanto á la opinión, sostenida también en nuestros días, de que los Arios no existieron jamás, es demasiado absurda para merecer siquiera los honores de la refutación.

La invasión de los Arios fué la última de las invasiones prehistóricas y la que ha dejado huellas más profundas en las razas europeas. En unos puntos destruían á los pueblos que los habían precedido, y en otros transigían con ellos: en todas partes se comprueba una fusión general, y muy contados son hoy los pueblos ó familias que conserven intacta la pura sangre aria. Las inmigraciones pueden verificarse por la llegada de masas

(1) Van den Gheyn: *Origen europeo de los Arios*. Anvers, 1885.

humanas y también quizá por lentas infiltraciones. A valientes conquistadores han sucedido humildes trabajadores; pero unos y otros preparaban la grandeza á que habían de llegar sus descendientes. Nadie puede dudar de la influencia que los Romanos ejercieron en los pueblos conquistados por sus armas: ¿por qué había de suceder lo contrario con las inmigraciones que acabamos de reseñar, cuyos vestigios en el lenguaje, en las costumbres y en toda la vida social de los pueblos europeos son tan evidentes?

Henos ya en el fin de nuestro trabajo: una sola cosa se ha demostrado hasta la evidencia, la de que diversas razas se han sucedido en Europa en épocas ya próximas, ya remotas, cuya fecha precisa no es posible fijar. Por la llegada de esos extranjeros se propagó por todo nuestro continente una civilización más adelantada; los pobladores cuaternarios de nuestros valles, los trogloditas de nuestras cavernas eran probablemente incapaces de progresar por iniciativa propia, hecho que no debe sorprendernos, porque lo estamos presenciando en nuestros días. Desde hace tres siglos vive el indio de la América del Norte en contacto continuo con pueblos civilizados. ¿Se ha modificado por eso? ¿Es por ventura capaz de modificarse? Los Maoris de Nueva Zelanda, los aborígenes de Australia han disfrutado, merced á la protección

de la Gran Bretaña, de una seguridad y de una abundancia de que antes carecían, á pesar de lo cual desaparecen ante el rápido aumento de los Anglo-Sajones, pudiendo ya preverse el día no lejano en que su nombre sea el único recuerdo de su existencia.

En Alaska, la antigua América rusa, cedida en 1867 á los Estados Unidos, y en la parte Norte de la isla de Vancouver existen los Hydahs, que trabajan la madera y el marfil, y sólo son comparables con los hombres que habitaban las grutas del Mediodía de Francia: han llegado al punto más elevado á que podían llegar: en él han hecho alto sin que la civilización que los rodea pueda penetrar en ellos. Los Esquimales han estado muchos siglos en relación con los Daneses, y los resultados son los mismos; esa interesante raza disminuye de día en día, y no tardará en desaparecer ante un progreso que no puede asimilarse. La historia nos muestra en cada página grandes pueblos, como los Egipcios, Chinos, Mejicanos y Peruanos deteniéndose en su progreso como si una barrera infranqueable se hubiera levantado delante de ellos; y es que habiendo llegado al término señalado por impenetrables decretos, son ya, no sólo incapaces de progresar, sino también de comprender el poder y necesidad del progreso.

No es necesario deducir de los hechos obser-

vados durante una larga serie de siglos que el progreso nace de inmigraciones extranjeras, de la infusión de sangre extraña en las antiguas poblaciones autóctonas, y que las que rechazan esas asimilaciones, esas alianzas con frecuencia tan crueles para el invasor, están fatalmente condenadas á irremediable decadencia. Una civilización demasiado avanzada lleva en sí misma, doloroso es decirlo, cierta incompatibilidad con la existencia de razas inferiores.

A las razas de Europa estaban reservados los más altos destinos: á las inmigraciones extranjeras, á las invasiones asiáticas y á su fusión con los indígenas es á lo que nuestro continente debe la existencia de pueblos eminentemente perfectibles, cuya grandeza é incesante progreso son y serán siempre el más glorioso patrimonio de la humanidad.



ÍNDICE

págs.

- I.—Datos prehistóricos.—Costumbres de los primeros europeos.—Habitaciones primitivas.—Sociabilidad del hombre.—Industria humana.—Objetos de esa industria.—Id. de caza.—Id. de pesca.—Id. de navegación.—Id. de ornato.—Razas humanas.—La de Constadt.—La de Cromagnon.—La de Furfooz.—Unidad de la especie humana.—Carácter distintivo de esa edad.—Oscilaciones geológicas durante la época cuaternaria.—Antigüedad del hombre.—Procedencia de las razas cuaternarias.—Hipótesis de Saporta.—Pruebas en contra de esa opinión.—Creencias religiosas de los trogloditas.—Pruebas de que las tuvieron..... I
- II.—Los Turanios.—Su procedencia.—Su estado social.—Los Iberos.—Puntos en que vivieron.—Su antigüedad.—Sepulcros iberos de Cartagena.—Objetos encontrados en ellos.—Urnas funerarias.—Los Vascos descendientes de los Iberos.—Pruebas filológicas.—La Atlántida.—Los Atlantes.—Procedencia de los Iberos.—Raza dolménica.—Puntos en que se encuentran dólmenes.—Significación de estos.—Ritos funerarios.—Objetos encontrados en los dólmenes.—Raza á que deben atribuirse.—Desconocimiento de los dólmenes en la antigüedad.—Los Helvecios.—Sus construcciones lacustres.—Objetos encontrados en ellas.—Vestigios de su cultura.—Sepulcros helvéticos.—Procedencia de los Helvecios..... 65
- III.—Origen de los Arios.—Importancia de las disquisiciones filológicas.—Estado social y civilización de los Arios.—División de los Arios en dos grandes ramas.—Patria primitiva de los Arios.—Diversas opiniones.—Opinión más fundada.—Conclusión..... 109



OBRAS
PUBLICADAS POR LOS PADRES AGUSTINOS

	Ptas. Cts.
<hr style="width: 20%; margin: 0 auto;"/>	
DEL EXCMO. P. CÁMARA	
Religión y Ciencia (3. ^a ed.).....	6
Vida del B. Alonso de Orozco	6
Conferencias predicadas en San Ginés (Madrid) en 1884 (agotada).....	2
Idem en 1885 (agotada).....	2
<hr style="width: 20%; margin: 0 auto;"/>	
Vida de San Agustín , por el P. Fermín de Uncilla.....	3
Lecciones Philosophiae , a P. Joach. Alvarez: cuatro tomos. Encuadernado en pasta.....	7 50 10
Horas de vacaciones . Cuentos morales por el P. Muñón: 2. ^a edición... ..	2
Polémica con los espiritistas , por el mismo.....	1 50
Mártires Agustinos del Japón , por el P. Man. Jiménez.....	1 50
Velada literaria en honor del B. Orozco.....	3
El libro del Eclesiastés , explicado por el P. Muñoz Capilla.....	1 50
La organización de las sociedades , por el mismo.....	2
Arte de escribir (preciosa retórica) por el mismo.....	2
Fr. Luis de León y la filosofía española del siglo XVI , por el P. Marcelino Gutiérrez.....	4
El misticismo ortodoxo en sus relaciones con la Filosofía , por el mismo.....	1 50
Analogías entre San Agustín y Santa Teresa , por el P. Tomás Rodríguez.....	2
Vida de Santa Teresa (agotada), por el P. Moral.....	5
Cearemoriale Augustinianum	3
Compendium Constitutionum Ordinis (1885).....	2
Album del XV Centenario de la Conversión de S. Agustín.. .	10
Número extraordinario de LA REVISTA AGUSTINIANA (hoy LA CIUDAD DE DIOS) dedicado á San Agustín en el xv Centenario.	4
Misa á grande orquesta , por el P. Aróstegui.....	12 50
Salve á tres voces , por el mismo.....	2 50
O Salutaris Hostia (motete), por el mismo.....	1

Vida de Santa Mónica , por el P. Lozano.....	1
La Flora de Filipinas , por el P. Manuel Blanco, P. Ignacio Mercado, P. Antonio Llanos, P. Andrés Naves y Padre Celestino Fernández. 6 tom. gran fol. con cromos.....	1075
Id. edición económica.....	600
Opera S. Thom. á Villanova : 5 vol. fol.....	85
Opúsculos Castellanos , del mismo.....	" 75
El perfecto predicador , por Fr. Luis de León (obra hasta hoy inédita.).....	1 50
Apuntes interesantes sobre las islas Filipinas.....	1
Conquistas de las Islas Filipinas , por el P. Casimiro Díaz (continuación de las Conquistas del P. Gaspar de San Agustín.)	

BREVIAR. HIST. ECCLESIASTICAE

A P. BERTI,

additum á P. Thirso López: 2.^a edición, 1889-90: dos tomos en rústica, 8 pesetas: encuadernados en pasta, 10.

CURSUS THEOLOGICUS

DE RELIGIONE, ECCLESIA AC DE LOCIS THEOLOGICIS

AUCTORE

P. PETRO FERNÁNDEZ ET FERNÁNDEZ

AUGUSTINIANO

S. THEOL. PROFESSORE

Un tomo en 4.^o mayor, de VIII-80 páginas, en buena papel y hermosa impresión.—Precio 15 pesetas.

Se halla de venta en Madrid, en la *Biblioteca de la Sacrosancta Congregación de San Francisco de Sales*, Bonafant, y en las librerías de G. del Amo, y E. Hernández, Paz, 5, en provincias, en las librerías católicas.

